

*LOS ÁNGELES DE LA
TORRE*

Mayte F. Uceda

Los Ángeles de La Torre.
Primera Edición: Octubre 2013
© 2013 Mayte Fernández Uceda.
Imágenes de portada: © aleshin © makar
© Aarrttuurr © Alekander Nordaas
Diseño de portada: Iván Hernández
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 978-1492364405
ISBN-10: 1492364401

Para Enol.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.....	4
--------------------	---

Agradecimientos

La familia, como siempre, es un pilar básico en el que apoyarse en todas las tareas que emprendemos en la vida. En mi caso, no ha sido de otro modo. Quiero agradecer a mi marido, Luis Ángel, por ocuparse de TODO sin quejarse (*casi nunca*) mientras yo dedicaba horas interminables a desarrollar este sueño. A mi hijo Enol, porque desde que aprendió a hablar me dice todos los días que me quiere; y eso anima mucho. Yo te quiero más, cariño. Gracias a los dos por permitir que nuestra casa se llenara de personajes fantásticos durante meses.

A mis padres, Silvino y Teresa, y a mis hermanos, Luis y Javi, por su entusiasmo, por sus ánimos constantes y por convencerme de que la novela merecía ser publicada. A Javi también le debo la creación de una contundente y preciosa pieza instrumental dedicada a Los Ángeles de La Torre. Gracias por todas las horas que has dedicado a componerla y a grabarla. Eres un *crack* con la guitarra.

A Ana F. Sande por diseñar, desinteresadamente, la primera portada que dio vida a la novela, y a Iván Hernández por su paciencia y eficacia a la hora de trabajar conmigo en el diseño de la segunda.

Al grupo inestimable de amigos que han colaborado con sus opiniones: Laura Rodríguez, Salomé Alonso, Marisa Nevada, Isabel González y Mari Cruz Fernández. Todas formáis parte de esto.

A todos los amigos y familiares que me han apoyado en las redes sociales, compartiendo cada noticia.

Gracias al Norwegian Meteorological Institute por su amabilidad a la hora de responder a mis preguntas acerca del clima y las horas de luz en las Islas Lofoten.

Por último, gracias a ti, lector, por compartir conmigo esta aventura. Puedes seguir la historia en la página oficial de la novela, donde encontrarás contenido extra en forma de fotos de los lugares que inspiraron la obra, esculturas que aparecen en ella o incluso el aria *Nessun Dorma* de Puccini. No dudes en comentar conmigo tus impresiones.

www.losangelesdelatorre.com

PRIMERA PARTE

ALGO INESPERADO

Polka saltó a mis brazos nada más abrir la puerta. Era algo tan cotidiano que instintivamente mis manos siempre se adelantaban a su salto. Por suerte era pequeña; no podía imaginar la misma escena si se tratara de un enorme y pesado Rottweiler.

Se podría decir, sin temor a equivocarse, que la naturaleza perruna no había sido muy generosa con ella. Su aspecto producía un cierto rechazo a los ojos de los amantes de los animales; patas cortas, cabeza grande con ojos saltones y orejas puntiagudas. Un pelaje de color indefinido acababa de rematar su desaliñado aspecto, porque, aparte de escaso, parecía estar permanentemente erizado; como si le hubieran gastado una broma en la peluquería canina. Por lo demás, Polka posee un carácter tranquilo, siempre y cuando, todo hay que decirlo, nadie perturbe su apacible existencia.

Después del alegre recibimiento atravesé el pasillo guiada por el haz de luz que se filtraba por una de las puertas de la planta baja. Mi madre, junto con la abuela, había instalado en aquella amplia sala un taller de costura hacía más de quince años. Desde entonces ésta había sido nuestra principal fuente de ingresos y cuando la abuela murió mi madre asumió todo el trabajo. Yo había aprendido el oficio por inercia, a base de echar una mano cuando el momento lo requería. Claro que en los últimos años el trabajo no nos desbordaba.

La luz tenue indicaba que aún seguía trabajando, a pesar de que hacía más de una hora que el reloj había marcado la

medianoche.

Me detuve bajo el marco de la puerta y la observé un momento. Parecía cansada, y aunque todavía era una mujer joven no gozaba de la vitalidad propia de su edad. Sentada en una de las sillas acolchadas se asemejaba a una frágil rama encorvada sobre sí misma; una incómoda postura que era tan familiar para mí como lo eran comer o respirar.

Sujetaba sobre el regazo la misma prenda azul que había visto entre sus manos esa mañana. Era un vestido de raso color turquesa que Graciela Gómez, farmacéutica del pueblo, le había encargado para la boda de su hijo Benjamín. Quedaban tres semanas para el evento, pero ya estaba casi terminado; tan sólo faltaban los delicados bordados que otorgarían a la prenda el esplendor que requería una celebración tan especial. Para nosotras significaba horas de minucioso trabajo, algo que a mí me producía cierto tedio.

—Deberías irte a dormir, es tarde —dije mientras me quitaba la chaqueta.

—¡Eva! —saludó mi madre.

Su cara se iluminó de pronto, como si llevara rato esperándome.

—No deberías trabajar tanto —refunfuñé.

Me senté sobre la gran mesa que teníamos para cortar las telas. Polka saltaba debajo de mis pies, tratando de alcanzar los cordones de mis bambas.

—¿Qué tal por el bar de Hugo? —preguntó, y clavó la aguja en el acerico—. Hoy has llegado más tarde.

El bar de Hugo era el local de moda en el pueblo marinero de Loriana. Se llamaba así porque su dueño había tardado tanto tiempo en encontrarle un nombre a su negocio que, cuando lo hizo, ya todo el mundo lo conocía como «El bar de Hugo».

Hugo y yo fuimos juntos a la escuela, y cuando terminamos el instituto él se pasó un año enrolado en el Nueva Esperanza, un barco pesquero propiedad de su padre. Trabajó duro bajo las órdenes de Ismael sólo para descubrir que la pesca de altura no estaba hecha para él. En realidad, tampoco la de bajura; simplemente la mar no

era lo suyo. Hugo carecía del carácter recio y fuerte que caracteriza a los lobos de mar.

Con el dinero ahorrado decidió apostar por un negocio propio, se compró un local cerca del muelle del este, en el camino hacia el faro, y así surgió el negocio.

Al principio nadie confió en que aquella taberna tuviera el mínimo éxito, pues si había algo que sobraba en Lorianan eran bares y tabernas donde poder tomarse unas copas en la misma orilla de la mar. Pero la gente se equivocó, y pronto el bar de Hugo era ya un bullicioso punto de encuentro en el pueblo. Tan bien le iba, que buscó la ayuda de alguna camarera para atender al numeroso público que los fines de semana venía de otras localidades. Eso, y que en el fondo estaba convencido de que las chicas atraerían a más clientes.

Hugo no era un lobo de mar, pero era una comadreja para los negocios.

No tardó mucho en convencernos a Georgiana y a mí para que le proporcionáramos la ayuda que tanto necesitaba. Para nosotras era un dinero extra que venía muy bien.

Los tres nos conocíamos a la perfección; Hugo y yo desde que usábamos pañales, y Georgiana se unió a nosotros cuando llegó al pueblo con tan sólo siete años. Había venido desde Rumania con su abuela y, aunque al principio no nos entendíamos muy bien, pronto nos hicimos inseparables.

Polka alcanzó a morder uno de mis cordones y sacudió la cabeza con ímpetu hacia los lados para arrastrar la bamba, con mi pie dentro, hasta su territorio.

—Matías se emborrachó otra vez y no quería irse a casa —le dije a mi madre mientras intentaba librarme de Polka—. Aunque no lo culpo; yo también preferiría estar en cualquier sitio menos con la bruja de su mujer.

—¡Eva! No hables así de Rosa —me recriminó.

—¡Mamá! —exclamé con tono cansino—. Todo el pueblo sabe que Rosa le hace la vida imposible a Matías desde que se jubiló. Apuesto a que era mucho más feliz cuando faenaba en Gran Sol durante semanas.

—Hija, dices cada cosa... —suspiró.

Advertí en el rostro de mi madre una luz diferente, una ligera sonrisa iluminaba su rostro de forma tan sutil, que sólo yo era capaz de percibir. Le devolví el gesto con cara de interrogación.

—A ti te pasa algo...

Salté de la mesa y cogí una escoba para barrer los hilos desparramados por el suelo. Mi madre se acercó a mí con el vestido reluciente colgado aún de su brazo, me cogió de la mano y me llevó hasta dos altos taburetes que había al lado de la mesa.

—Hoy ha venido a verme el padre Teodoro —anunció con cierto entusiasmo.

—¿Para qué ha venido? —pregunté con suma curiosidad.

—A ofrecerme un trabajo —respondió, emocionada.

El padre Teo era el párroco de Lorianana. Había llegado al pueblo hacía cinco años para sustituir al octogenario padre Urbano cuando éste falleció. Su sustituto resultó ser un cura joven que se había ganado más pronto que tarde la simpatía de los feligreses con su relajado ideario doctrinal. Sobre todo del sector femenino porque, aparte de cura, era un hombre joven y guapo que se parecía a uno de esos actores de culebrón venezolano. Sus salidas parsimoniosas desde la sacristía hacia el altar provocaban cada domingo, y fiestas de guardar, un revoloteo de manos femeninas en una incesante tarea de acicalamiento general. Había verdaderas batallas a las puertas de la iglesia para decidir quién de ellas se encargaría de hacer cada día la lectura del Evangelio. Yo me preguntaba a menudo qué diría el padre Urbano y sus rígidos preceptos si llegara a levantar la cabeza.

—¿Un trabajo? Pero ¿por qué? Él sabe que trabajas en el taller.

Estaba tan intrigada que me senté, esperando una respuesta.

—Tú conoces a Amelia, el ama de llaves de La Torre, ¿verdad?

Asentí con un movimiento de cabeza. ¿Cómo la iba a olvidar? No nos había quitado el ojo de encima, a Georgiana y a mí, el día que el colegio nos llevó de visita a aquella

caduca mansión.

—Dice el padre que Amelia está ya muy mayor para ocuparse del viejo caserón.

—Eso no lo dudo —repliqué con aire anodino. Yo tenía doce años cuando hicimos aquella visita, y ya me había parecido viejísima. No quería ni imaginármela ahora, después de ocho años—. ¿No tenía un hijo? —pregunté, aún incrédula—. Él se encargaba de ayudarla.

—Por lo visto se marchó a la ciudad cuando su padre murió.

Mi madre me observaba con prudencia; sabía que la noticia me había cogido desprevenida.

—El trabajo no es muy duro —continuó, un tanto nerviosa —, sólo tendría que supervisar y organizar las labores cotidianas. Es siempre la misma rutina. Además... —titubeó unos instantes—, creo que el sueldo es muy interesante; más de lo que podría haber soñado nunca. —Yo la miraba atónita mientras ella seguía su parloteo completamente entusiasmada—. ¡Un sueldo, Eva! ¿Te imaginas? No tendría que preocuparme nunca más de si llegamos a fin de mes con lo que sacamos en el taller.

Antes de que pudiera decir nada se acercó a mí y me susurró la cantidad al oído.

Lancé un silbido.

—¿Tanto? ¿Te pagarían todo ese dinero por ser el ama de llaves de una vieja mansión vacía?

Una sombra de escepticismo asomó a mi semblante.

—En realidad, no estará vacía —me informó, entrecerrando ligeramente los ojos y haciendo un gesto con la boca como si se hubiera tragado un limón.

La apremié con la mirada para que continuara.

—El padre dice que los señores de La Torre vendrán a principios del próximo mes.

—¿Vendrán?

No pude evitar sorprenderme, ya que apenas nadie recordaba la última vez que los dueños de la mansión, que vivían en Oslo, habían estado en Loriana. En su ausencia, la Fundación Eriksson era la encargada de gestionar todos los asuntos que concernían al edificio y a sus tierras.

—Creo que necesito un tiempo para pensar en todo esto. Realmente, no sé qué decir.

—Eva, si crees que no es buena idea, no hay más que hablar, le diré al padre que busque a otra persona. Pero... es que pensé que sería una buena oportunidad para ti. Podrías ir a la universidad...

—Mamá... —la interrumpí—. Así que ¿es eso?, ¿sólo lo haces para que vaya a la universidad?

—Bueno, el taller no da para mucho, los tiempos han cambiado y ya casi nadie se hace la ropa a medida, lo sabes muy bien. Tú has tenido que ponerte a trabajar de camarera para disponer de un poco de dinero... y te admiro por ello, hija... —Mi madre emitió un largo y profundo suspiro—. Pero me haría muy feliz que tuvieras la oportunidad de labrarte un futuro mejor.

Me acerqué a ella y le pasé un brazo por los hombros. Inspiraba en mí tanta ternura que a veces yo parecía la madre y ella la hija.

—No me marcharé a estudiar fuera durante los próximos cuatro años, si es a eso a lo que te refieres. Me gusta vivir en Lorian, mamá. Y no sólo serían los años de universidad, después tendría que volver a marcharme, buscar un trabajo en la ciudad... Sabes que nunca volvería. Este es un lugar bonito y tranquilo. Además, no se necesita mucho para vivir de manera razonable. Reconócelo, es el lugar perfecto.

Me miró con una mezcla de pesar y resignación.

—Cuando todos los jóvenes sueñan con marcharse de aquí, tú te empeñas en quedarte —argumentó—. Aquí no hay mucho futuro, hija. Estoy de acuerdo con que es un buen lugar para una vida tranquila, pero no hay muchas oportunidades para la gente joven. Por otro lado, no estaría de más que te relacionaras con personas nuevas; conoces a todos los muchachos del pueblo desde que naciste, y la mitad de ellos tiene algún tipo de parentesco contigo. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Quiero que tengas la oportunidad de elegir.

—Mamá, tengo veinte años. ¿No crees que aún es pronto para que te preocupes de esas cosas? Y no sólo están los chicos del pueblo; a veces vienen algunos muchachos de

Bres, y hasta de Longrey.

Sus ojos adquirieron un brillo cristalino, y reflejaron una chispa de tristeza.

—Sólo quiero que seas feliz...

—Ya soy feliz aquí, mamá, contigo.

—Al menos, prométeme que lo meditarás.

Sabía que este asunto la hería; se sentía culpable de verme condenada a vivir en un lugar donde las opciones de futuro no eran muy numerosas.

—De acuerdo, te lo prometo. —Luego, reflexioné un momento—. ¿Por qué te habrán elegido a ti para sustituir a Amelia?

—¿Acaso importa? —contestó, encogiéndose de hombros.

—Desde luego —repliqué.

—Creo que es una buena oportunidad para las dos, hija —concluyó ella con voz serena.

Cuando mi madre se fue a la cama, aproveché para recoger un poco el taller. Quería que por la mañana estuviera cada cosa en su sitio.

No estaba cansada, a pesar de las horas pasadas en el bar. A veces mi madre me miraba con cara de admiración y decía: «*Hija, tienes una vitalidad envidiable*».

Subí a la habitación con Polka pisándome los talones y con la intención de darme una ducha rápida antes de dormir.

De las tres habitaciones de la planta superior sólo una contaba con su propio cuarto de baño, y era la más amplia. La abuela Dora la ocupó mientras vivió y cuando nos dejó, mi madre insistió en que me instalara en ella.

Al contrario de lo que se pudiera creer en una niña de diez años, nunca tuve miedo de pensar que la abuela se había muerto allí. Yo la adoraba, y la suya había sido una muerte dulce. Una noche se durmió después de una agradable tarde jugando al tute con otras veteranas de Lorian, y ya no despertó. Su rostro era el reflejo del descanso tranquilo y eterno en el que estaba sumida. Por todo ello, no tuve nunca ningún reparo en ocupar su cuarto. Lo redecoramos de una manera más juvenil, y eso fue todo.

Más difícil fue superar el enorme vacío que su ausencia había dejado en nuestras vidas, y tanto mi madre como yo nos sumimos en una especie de profundo letargo durante semanas. Aún hoy la echábamos terriblemente de menos.

Tras la agradable ducha me metí en la cama. Polka ya se había acurrucado sobre la alfombra y dormía a pata suelta sin ninguna preocupación. Yo no tuve tanta suerte. No dejaba de pensar en los cambios que podían experimentar nuestras vidas si mi madre se convertía en la nueva ama de llaves de La Torre.

Yo era feliz así, no necesitaba nada más. Habíamos vivido las dos solas los últimos diez años, y a mi padre nunca lo conocí; se esfumó antes de que yo naciera. En el pueblo nadie supo nunca quién era el padre del bebé que esperaba Clara Martín, y eso dio mucho que hablar durante un tiempo. Ella jamás contó nada; ni siquiera a la abuela, que respetó su silencio.

Un día, cuando cumplí quince años, mi madre me regaló el precioso camafeo que siempre adornaba su cuello. Era una pequeña joya que mostraba la imagen tallada de tres ángeles. «*Tu padre me lo regaló*», había dicho con un intenso brillo en los ojos. «*Quiero que tú lo lleves ahora*».

Esa fue la única vez que nombró a mi padre en mi presencia.

No conocerlo, ni saber nada sobre él, me había marcado de una manera singular. Solía fantasear a menudo con su apariencia, y cuando un día le pregunté a mi madre cómo era, lo único que conseguí fue que durante una semana completa se le llenaran los ojos de lágrimas cada vez que me miraba. Así que nunca más pregunté. Pero intuía que, realmente, debía de parecerme a él. Estaba claro que a mi madre no me parecía, y tampoco a la abuela. Ambas habían heredado el pelo y los ojos claros propios de nuestra familia. En cambio mi pelo era castaño natural, bastante vulgar diría yo si no fuera por unas bonitas mechas que enmarcaban mi rostro iluminándolo ligeramente.

Tampoco tenía los ojos verdes y luminosos de mi madre. Por el contrario, mis ojos eran del mismo tono corriente que mi pelo, aunque grandes y expresivos. La blancura de mi

piel también se distinguía de la de ella, ligeramente más dorada, y pese a la continua brisa marina que siempre azotaba la costa, nunca conseguía broncearme.

Estas características hacían que me reafirmara más en la idea de que era probable que me pareciera a él. A veces, frente al espejo, fantaseaba con esa ilusión, trasladando mis rasgos a un rostro masculino, tratando de endurecer un poco mis facciones. Claro que la imagen que obtenía resultaba un poco rara.

Esa noche la pasé en un continuo duermevela pensando en mi madre. Cada vez le costaba más sobrellevar largas jornadas entre hilvanes, pespuntos y dobladillos. Su vista y su espalda estaban empezando a resentirse por años de duro trabajo.

Por otra parte, Amelia siempre me había parecido una vieja de malas pulgas que detestaba que excursiones de chiquillos invadieran los tesoros de La Torre.

También pensé en la abuela. Intenté traer a la memoria su voz profunda y quebrada por los años. La abuela Dora era un personaje muy querido en Lorian. Poseía un carisma arrollador que ni mi madre ni yo habíamos heredado. Contaba historias que había aprendido de su madre, y ésta, a su vez, las había heredado de la suya, y así hasta tiempos inmemorables. Historias fabulosas que no se encuentran en los libros y que me repetía con asiduidad con el firme objetivo de que se incrustaran en mi memoria.

Recordé entonces la historia de Lorian y de La Torre que tanto le gustaba contar. Fui capaz de evocar hasta el último punto, hasta la última pausa que hacía para tomar aliento y continuar la narración.

Cerré los ojos y me dejé envolver por el recuerdo de su voz.

Traté de imaginar a aquellos primeros pobladores; pescadores procedentes de otros pueblos cercanos, cuyas orillas también eran bañadas por las agitadas aguas del mar Cantábrico. Habían huido con sus familias hartos de los continuos saqueos a los que eran sometidos por unos gigantes extranjeros de pelo blanco. Aquellos piratas venían de las frías tierras del norte a bordo de sus veloces naves y

no dudaban en utilizar sus afiladas hachas o en llevarse a las mujeres más hermosas como esposas o concubinas.

Debieron de pensar los escarmentados marineros que este sería, sin duda, un lugar perfecto para refugiarse. La orografía del lugar describía fielmente el típico paisaje costero del norte de la Península Ibérica; un relieve abrupto marcado por el color verde de sus montes y valles en perpetuo contraste con el azul profundo de un mar siempre imprevisible.

Tenía Lorianana un difícil acceso si se venía por tierra, ya que se situaba circundado por varias colinas que había que sortear hasta llegar al nivel del mar donde se estableció el pueblo. Esto lo mantuvo largo tiempo aislado del resto de comarcas, y hoy se evidenciaba en la cantidad de habitantes que compartían, al menos, un apellido.

El desarrollo trajo consigo una amplia carretera que desciende serpenteante desde la vasta planicie de La Atalaya hasta el angosto puerto. Las colinas encierran al pueblo en un semicírculo abierto al mar, a modo de anfiteatro, y las casitas edificadas, ganándole terreno a las lomas, le otorgan un aspecto de lo más pintoresco.

Por otro lado, Lorianana era un buen refugio premeditadamente oculto a los ojos de los navegantes. Estratégicamente situado entre dos cabos era casi imposible de divisar desde la distancia. Esto les dio a los habitantes y a sus familias una paz y tranquilidad duraderas.

Quiso el destino que, años más tarde, esa calma se viera interrumpida por la llegada de una gran nave. Con las historias de los piratas del norte retumbando en sus oídos los lugareños se encerraron en sus casas y temieron lo peor.

Pero nada sucedió.

Una partida de hombres rudos, grandes y de largas barbas doradas había echado pie a tierra en esta costa. No iban solos, un puñado de mujeres los acompañaban. Avanzaron lentamente, atravesando el pueblo en procesión, sin detenerse y sin que nadie se atreviera a interponerse en su camino. Pronto alcanzaron La Atalaya, y allí, a merced de los vientos que azotan los acantilados, decidieron quedarse.

En su vasta llanura construyeron un baluarte de vigilancia; edificaron una singular torre de planta cuadrada con cornisas sobre ménsulas y rebordes dentados.

Según cuenta la leyenda, sólo invirtieron tres días en levantar aquella edificación piedra a piedra, y los más supersticiosos hablaban incluso de seres mágicos y extraordinarios que ya formaban parte del folclore popular.

Poco a poco, los habitantes del pueblo se fueron dando cuenta de que aquellos hombres no pretendían causarles ningún daño, aunque nunca se mezclaron con ellos realmente. Lo que sí parece verdad es que los pescadores y sus familias jamás volvieron a sufrir el ataque de ningún pueblo bárbaro. Y dicen que, si alguna nave osaba fondear cerca de la orilla, los gigantes de pelo largo y barba espesa descendían veloces la colina, y su sola presencia bastaba para desanimar a los posibles asaltantes que buscaban obtener su botín en otro lugar.

Pasaron muchos años, tiempos fértiles y prósperos para el pueblo. Pero un día, aquellos extranjeros descendieron la ladera y, sin volver la vista atrás, soltaron las amarras de su nave de madera y partieron rumbo a otros horizontes.

Pero no se irían para siempre.

Anclada en La Atalaya se mantiene majestuosa la torre, como único vestigio palpable de tiempos remotos.

Siglos más tarde construyeron un gran edificio de piedra adosado a la vieja torre que había sido objeto de múltiples y variadas modificaciones hasta llegar a su estado actual: el de una mansión añeja.

Altos muros de piedra protegían todo el conjunto, como centinelas perpetuos, de las temidas galernas y las miradas indiscretas. Pero eso también había cambiado.

La Fundación Eriksson había accedido a regañadientes a las peticiones del Ministerio de Cultura de concertar visitas guiadas con las instituciones educativas. Según la Administración, la mansión contenía una riqueza cultural incalculable en obras de arte, y mientras sus dueños estuvieran ausentes montones de estudiantes podrían disfrutar con la visión de sus tesoros.

Sobra decir que nuestra escuela fue la encargada de

inaugurar la primera visita al caserón, que consistió en un fugaz recorrido por las salas más importantes del edificio. Siempre, claro está, bajo la atenta mirada de su fiel ama de llaves.

Lo primero que me sorprendió nada más atravesar el gran portón de noble madera tallada fue una modesta capilla, de estructura simple, pero con una bonita y pequeña campana. Nuestro guía nos contó animado que, aunque por fuera podía parecer austera, por dentro era de una singular belleza, y que las pinturas de la techumbre, arco y enjutas representaban escenas del pueblo judío guiado por Moisés hacia la Tierra Prometida. Confesó, con pesar, que él nunca las había visto, ya que la capilla permanecía cerrada desde la última visita de los Eriksson a La Torre.

Un poco más apartada, entre una masa ingente de centenarios castaños y robles, vimos una casa de piedra no muy grande. Allí vivían los caseros Amelia y Tomás.

Ellos, y su hijo, se ocupaban de organizar todas las faenas que se realizaban en aquel lugar. No se dejaban ver mucho por el pueblo, eran poco habladores e iban a lo suyo. Poco después de aquella visita, nos enteramos casi por casualidad de que Tomás había fallecido a la longeva edad de ciento dos años. Amelia debía de rondar ya los noventa, y su hijo parecía incluso más viejo que ella.

Durante toda la visita no nos quitaron los ojos de encima, temiendo que un puñado de niños revoltosos pusiera en peligro aquellas singulares obras de arte.

Chocaba de modo sorprendente la apacible tranquilidad que se respiraba fuera de los gruesos muros con la actividad que había dentro; cuatro jardineros cuidaban los jardines y en el interior de la vieja mansión varias mujeres se afanaban en labores de limpieza.

Y es que el edificio era enorme. Altos techos y grandes ventanales adornados con pesadas cortinas le otorgaban un aire acogedor. Alfombras enormes cubrían los suelos, y los muebles, que a mí me parecieron anticuados, relucían con el sol.

Una gran cantidad de cuadros y tapices daban vida a las

enormes paredes que mostraban escenas marineras con extrañas naves. Eran embarcaciones largas y estrechas, no demasiado robustas, con una sola vela y con remos en casi toda la longitud del barco. Nuestro guía nos explicó que se trataba de los famosos *Drakkar* vikingos; barcos veloces, de poco calado, que permitían a sus navegantes llegar en ellos prácticamente hasta tierra. Debían su nombre a que solían llevar un mascarón de proa con forma de dragón. Todos nos afanamos de repente en buscar las cabezas de dragón en los cuadros que, para nuestra decepción, casi ninguno tenía.

Después de la animada charla, entramos en la biblioteca.

Entrar en aquella sala nos causó a todos una gran excitación. Había libros por todas partes; en las librerías de las paredes, en la gran mesa del centro de la sala y hasta en las pequeñas mesas auxiliares. Muchos de ellos tenían portadas de llamativos colores que todos nos lanzamos a ojear. Pero antes de que ninguno de nosotros llegara a acercarse lo suficiente, la voz de Amelia resonó en toda la sala.

Nos quedamos todos petrificados como estatuas y, a decir verdad, bastante sorprendidos de que aquella potente voz hubiera salido del cuerpecillo tan envejecido de la anciana ama de llaves.

El guía continuaba con su resuelta charla, pero a mí ya me había llamado la atención otra cosa.

Era un cuadro de grandes dimensiones que cubría una de las paredes laterales. Estaba ensimismada observándolo cuando Georgiana se acercó a mi lado.

—¿Qué es? —preguntó mientras lo contemplaba con curiosidad.

—No lo sé —contesté—. Parece un ángel.

—Los ángeles no llevan pantalones —dijo ahogando una risita.

—Pues este sí los lleva, y es un ángel —alegué, resuelta.

En esas estábamos cuando nos dimos cuenta de que toda la clase observaba el cuadro detrás de nosotras con la misma curiosidad. Todas las miradas se dirigieron hacia nuestro elocuente guía que nos devolvió el gesto con cara

de incógnita.

—¿Vosotros qué creéis que es? —preguntó.

—¡Un ángel! —respondimos todos al unísono.

—Pues no se hable más —concluyó.

Todos se fueron de la sala, pero Georgiana y yo nos detuvimos un instante más ante el cuadro, y ante la mirada apremiante de la señora Amelia.

En un fondo oscuro difuminado destacaba la imagen de un hombre con el pecho desnudo y los pies descalzos. Sobre su torso se podrían enumerar con facilidad los nombres de cada músculo en una clase de anatomía. Vestía pantalón negro y mostraba la cabeza tan agachada que su rostro permanecía parcialmente oculto. El pelo desgreñado del color de la paja seca le caía sobre la frente y le cubría los ojos. Unos brazos poderosos y surcados por ríos de venas protuberantes aparecían relajados, estirados a lo largo del cuerpo, y las palmas abiertas de las manos miraban al frente. Pero sin duda, lo que más resaltaba en la pálida figura eran dos hermosas alas replegadas.

Levanté de manera inconsciente mi mano para tocarlo; como si la imagen de aquel ser me hubiera hechizado a través de un influjo invisible. Pero un carraspeo de la anciana vigilante me hizo volver en mí y desistir, frustrando el deseo de sentir el lienzo bajo mis dedos.

Luego, nos echó sin contemplaciones.

Sin embargo, la visión de aquella figura pincelada con un realismo dramático me había impactado tanto que a partir de aquel día aparecería a menudo en mis sueños. Soñaba que el ser del lienzo cobraba vida cuando mis manos recorrían las líneas de su contorno, tratando inocentemente de sentir su tacto. Como Pigmalión y su fervoroso amor por Galatea; era tal el amor que profesaba a su obra que Afrodita se apiadó de él e hizo que su adorada escultura cobrara vida. Por el contrario, a mí no me pertenecía aquel cuadro ni tenía forma de admirarlo cuando quisiera. Y lo que es peor, tampoco contaba con la conmiseración de la buena de Afrodita.

LA TORRE

Abrí los ojos, somnolienta. La claridad era tan contundente que pude distinguir sin dificultad los grandes números de mi despertador digital. Volví a amodorrarme un poco más hasta que el cerebro procesó la información. Entonces me levanté de un salto; era tarde, y mi madre llevaría dos horas trabajando. Me vestí con un chándal viejo y bajé las escaleras a toda velocidad.

La encontré en el mismo lugar, en la misma silla y en idéntica postura que la pasada noche. Sentí un aguijonazo de culpabilidad.

—¿Por qué no me has despertado?

—Supuse que anoche te dormirías tarde. ¿Has desayunado?

—En realidad no tengo hambre, ya comeré algo luego.

—Eva, deberías...

—Mamá... —la interrumpí, y al mirarla a los ojos vi que tampoco ella había descansado mucho—. Anoche estuve dándole vueltas a todo esto de tu nuevo empleo y, ¿sabes?

—suspiré—, en el fondo creo que es una buena idea. El trabajo en el taller supone un gran esfuerzo con el que apenas cubrimos gastos. Aparte del vestido de Graciela, este mes no ha salido nada más. Creo que deberías aceptarlo.

Su cara cambió de expresión y de tener sus manos libres me habría abrazado.

—He quedado en dar una contestación hoy mismo —dijo con voz animosa—. Al parecer tienen algo de prisa.

Esa tarde nos dirigimos a La Atalaya. La empinada carretera siempre conseguía que mi viejo coche, un Volkswagen Polo de segunda mano, renqueara durante todo el trayecto. Su anterior dueño, el padre de Hugo, lo había utilizado durante años para recoger a algunos marineros los domingos por la tarde antes de partir en el Nueva Esperanza. Luego el coche permanecía en el muelle del oeste los siguientes cinco días hasta que el barco volvía a arribar al puerto. Los años a merced del salitre le habían pasado factura; aún olía a mar y ya había dejado de contar los desconchados oxidados que aparecían por todas partes, desluciendo todavía más la gastada y desvaída carrocería de color vainilla.

A duras penas logramos llegar a la elevada llanura.

Aparqué frente al cierre amurallado de piedra y cuando me apeé del coche miré hacia el vetusto torreón que sobresalía entre la arboleda. Pero esta vez lo contemplé de forma diferente. Todo estaba hermoso. Los árboles mostraban la amplia gama de ocres y cobrizos típicos del mes de octubre que ya se estaba terminando. El otoño exhibía su máximo esplendor otorgando al lugar una apacible apariencia. Una hiedra que había cambiado su color, pasando del verde vehemente del verano al rojo refulgente del otoño, se aferraba firmemente a la vieja piedra de la torre. Con la llegada del invierno perdería totalmente sus hojas y la torre quedaría desnuda sin su natural abrigo hasta la primavera.

Un jardinero bajo, corpulento y un poco tosco nos abrió la puerta lateral por donde entraba el servicio. Era una pequeña puerta de madera con remaches de hierro, similar al gran portón principal pero con algunas diferencias; ésta no estaba tallada de manera magistral, era infinitamente más pequeña y tenía un diminuto ventanuco enrejado en el centro, con solapa interior, que servía para divisar al otro lado.

Nada más traspasarla me embargó la misma impresión de años atrás; la sensación apabullante que infundía un lugar tan imponente. Traté de imaginar a los hombres que levantaron el singular edificio diez siglos atrás, y me

pregunté cómo serían y qué les habría traído hasta aquí; el *tiempo de los gigantes* decían en el pueblo para referirse a aquella época.

Mi madre también admiraba el entorno con la misma intensidad. Aunque para ella el efecto debía de ser más impactante, pues era la primera vez que lo contemplaba desde dentro.

Dejamos a la derecha la pequeña capilla, que permanecía cerrada, y continuamos nuestro camino. El jardín bosque que rodeaba el edificio estaba cubierto por un grueso manto de hojas pardas que yo me dedicaba a apartar con los pies a cada paso.

Pero no hubo tiempo para muchas contemplaciones, el jardinero nos apremió; Amelia nos estaba esperando. Después de atravesar una masa de árboles enormes llegamos a la casita que siempre había pertenecido a los custodios de La Torre. Todo el mundo sabía que tenían derecho vitalicio a ocupar la casa. Me alivió pensar que mi madre no tendría que instalarse en ella, al menos mientras Amelia viviera.

Unos instantes después de llamar a la puerta una viejecita de apariencia frágil, y a la vez altiva, nos abrió. La reconocí al instante; apenas había cambiado en los últimos ocho años y aunque no sabría calcularle la edad la gente del pueblo decía que rondaba los cien años. Su cara surcada por un millón de arrugas lo hacía bastante creíble. Pero cuando por fin habló su voz sonó como la de una mujer joven y fuerte. Esa disonancia me resultó inquietante o, cuando menos, sorprendente.

—Hola, Clara —saludó Amelia mientras me echaba una mirada furtiva—. Veo que has venido con tu hija...

—Sí, es importante para mí que ella esté de acuerdo en todo —contestó mi madre.

Alzó sus ojos por encima de los desgastados espejuelos y me miró fijamente.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Eva —respondí, tratando de ser educada.

La anciana tenía el pelo blanco y abundante, y lo llevaba recogido en una larga trenza que acomodaba sobre su

hombro derecho. Era extremadamente flaca, lo que le daba un aspecto delicado y, si fuera posible, todavía más envejecido. Vestía de manera uniformada: blusa azul marino, de cuello blanco, con botones nacarados y una falda recta del mismo tono un palmo por debajo de la rodilla.

—Pasad, tomaremos un café mientras charlamos.

Desde la puerta de entrada se accedía directamente a un espacioso salón. La decoración era austera, con pocos muebles. Se diría que no resultaba acogedor si no fuera por las grandes ventanas cálidamente vestidas con vistosas cortinas. El mobiliario consistía en un sofá, dos grandes butacas a los lados, una mesa de centro, un aparador y una pequeña librería. Eso era todo.

Una gran chimenea con el hogar abierto era lo más llamativo de la sala. Sus vivas llamas danzaban en un chisporroteante baile frenético.

A la izquierda estaba la cocina, un poco anticuada, aunque me gustó la amplia mesa de madera tallada que presidía el centro de la estancia y donde nos invitó a sentarnos. Un olor a café recién hecho impregnaba el ambiente.

—Bien, Clara, como ya le expliqué al padre Teodoro, el trabajo, aunque no supone un gran esfuerzo, requiere dedicación completa. Yo me encargaría de enseñarte todo lo necesario, por supuesto.

Hablaba mientras servía el café con una agilidad asombrosa.

—¿Es cierto que ya ha cumplido los cien? —pregunté de forma impulsiva—. Al menos eso dicen en el pueblo.

No le molestó mi pregunta, al contrario, pareció regocijarse de ello. Mi madre, por el contrario, se había quedado boquiabierta ante mi impertinencia.

—Tienen buena memoria esos cotillas —dijo con media sonrisa—. En realidad, tengo ciento uno.

—El padre Teodoro dice que tendría que instalarme aquí —intervino mi madre para cambiar de tema.

—¡Mamá! —salté—. No me habías dicho nada de eso...

—No te preocupes, querida —intentó tranquilizarme Amelia—, la casa no es muy grande pero hay sitio de sobra

para las tres. Tendrás tu propio cuarto.

Miré a mi madre con cara de no estar de acuerdo.

—Mamá, yo no puedo instalarme aquí —le dije en voz baja esperando que la sordera hubiera hecho mella ya en Amelia—. No podemos abandonar el taller por completo.

—Vamos, hijita —dijo Amelia, animosa, dejándome claro que su oído aún funcionaba muy bien—, olvídate de eso. Con el sueldo que ganará tu madre no hay necesidad de que sigas manteniendo ese taller de costura. Y luego está esa taberna..., ¿cómo se llama?

Me sorprendió que la anciana estuviera tan al día de nuestros asuntos.

—El bar de Hugo —respondí.

—Pues tampoco tendrías que continuar en un trabajo tan desagradable.

—A mí me gusta trabajar en el bar —repliqué.

Sufrí su mirada cetrina antes de volver a dirigirse a mi madre.

—Como ya sabes, Clara, los Eriksson llegarán de Oslo el próximo mes. No tenemos tiempo que perder. Tiene que estar todo preparado. Yo ya no me muevo como antes, y la ayuda se hace indispensable. Necesitaría que te instalaras de inmediato. Por otra parte, no estaría de más que tu hija también lo hiciera. Podemos negociar nuevas condiciones económicas y el trabajo es para las dos. ¿Qué te parece?

Le lancé a mi madre otra mirada de perplejidad.

—Creo que Eva tiene razón, no debemos dejar de repente a nuestros clientes, así que ella continuará con el negocio —titubeó—, al menos por el momento.

Amelia mostró un claro gesto de decepción.

—Bueno, podemos hablarlo más adelante...

Se hizo un incómodo silencio durante el cual las tres aprovechamos para apurar nuestros cafés.

—¿Cuándo quiere usted que me instale? —le preguntó mi madre después de depositar la tacita sobre el plato.

—Lo más pronto posible; mañana mismo —contestó la anciana, y sin dejarnos tiempo para reaccionar, añadió—: Ahora veremos el resto de la casa.

Me levanté de la mesa con una sensación ingrata. La

astuta ama de llaves había definido todos los pormenores sin apenas darnos tiempo a pensar en la conveniencia de seguir sus sugerencias.

Desde el salón, una amplia escalera ascendía al primer piso. Los peldaños de madera, visiblemente desgastados por el uso, crujieron con cada uno de nuestros pasos. Arriba, un ancho pasillo conducía a tres habitaciones generosamente separadas. La primera era para mi madre, decorada igual que el resto de la casa; unos pocos muebles viejos sin la ventaja de unas bonitas cortinas pero con un holgado cuarto de baño. Un poco más adelante nos mostró otra de las habitaciones, decorada como la anterior y que supuestamente estaba dispuesta para mí. Al fondo, algo más separada, estaba la habitación de Amelia. Pero esa no nos la enseñó.

Poco después nos despedimos de la anciana con la disculpa de preparar las cosas para el traslado de mi madre.

De camino a casa apenas hablamos. Yo me sentía molesta. Tenía la sensación de que Amelia nos había manejado a su antojo. Era una vieja muy hábil. Al menos no había cedido a su petición de trasladarme a La Torre, aunque sé que mi madre lo habría preferido. A las dos nos resultaba extraño tener que separarnos y aunque no estaríamos muy lejos la una de la otra ya no sería como hasta ahora.

Polka nos esperaba correteando por el jardín delantero de nuestra casa. Mi abuelo la había construido con sus propias manos antes de casarse con la abuela Dora. La casa estaba situada fuera del núcleo del pueblo, que se establecía en torno al puerto y donde tenían sus casas la mayoría de las familias de pescadores. En cambio, el abuelo Germán, que era contable, había escogido la falda de la colina para construir su hogar. El espacio más amplio permitía la edificación de casas un poco más grandes con pequeños jardines.

El resto de la tarde pasó rápido. Mi madre y yo tardamos más de lo previsto en preparar su pequeña maleta. Quizá

porque lo hicimos despacio, disfrutando de ese tiempo juntas en nuestra casa, tratando de no pensar que cuando ella se marchara tal vez esos momentos no se repetirían nunca más.

Era sábado y por tanto me esperaba una nueva jornada de trabajo en el bar. Georgiana y yo trabajábamos de jueves a domingo en el horario de tarde-noche que era cuando más se necesitaba la ayuda de personal extra.

Tuve el tiempo justo para ponerme la camiseta negra que nos había dado Hugo y que tenía el logo del bar escrito en la espalda. Era un pedazo de tela diminuto que recién lavado parecía haber menguado, como mínimo, dos tallas. Metí ambas manos dentro de ella y la estiré como hacía siempre para que llegara a cubrirme el ombligo y su estrechez no me cortara la respiración. Me miré en el viejo espejo de cuerpo entero, que había pertenecido a la abuela, y me acordé maliciosamente de Hugo cuando observé la imagen que reflejaba. La dichosa prenda se ceñía de manera tan contundente a mi cuerpo que mis pechos parecían los pitones de un Miura. Había expuesto formalmente mis quejas al respecto pero habían caído en saco roto ya que Georgiana se mostraba encantada de lucir palmito con el uniforme oficial.

Mientras conducía hasta el bar no pude quitarme de la cabeza la imagen de mi madre viviendo con Amelia. Nuestra casa era sencilla pero luminosa y alegre. Deseé que el cambio no le mermara el ánimo.

El muelle del este parecía tranquilo para ser sábado. Eran las siete y la cosa no se animaba hasta pasadas las nueve. Dejé el coche en el aparcamiento que había detrás del bar, justo al lado del de Georgiana.

Encontré a mi amiga limpiando las mesas con un paño y un spray; siempre era más puntual que yo. Se había recogido su larga melena pelirroja en una cola que le sentaba muy bien. Claro que eso era fácil porque a ella todo le sentaba bien, y lo sabía. Pero Georgiana no sólo quería ser guapa, ella quería ser perfecta, como las estilizadas modelos de cualquier revista de moda. Por el contrario, la

naturaleza la había dotado de un cuerpo generoso con demasiadas curvas que habían hecho que sus intentos para ser modelo hubiesen fracasado.

Nada más verme se acercó a mí dando saltitos nerviosos.

—¿Es verdad eso que dicen?

—¿Qué dicen? —le pregunté admirando sus finas facciones ligeramente maquilladas.

—Que tu madre será la nueva ama de llaves de La Torre.

Vi a Hugo que nos observaba desde la barra y, por su mirada, intuí que también él lo sabía.

—¡Caramba! Pues sí que corren rápido las noticias.

—Entonces, ¿es cierto! —dijo alborotada.

Le dirigió una mirada de afirmación a Hugo, que al tiempo salió apresurado de detrás de la barra directo hacia nosotras.

—¿A qué esperabas para contárnoslo? —me increpó cuando estuvo a mi lado.

—¡Por favor! Pero si yo me enteré ayer. ¿Cómo os habéis enterado vosotros? Me parece que el padre Teo es un chismoso.

—No lo culpes. A él le parece una excelente idea —apuntó Georgiana, y al momento se sonrojó al percatarse de que acababa de delatar al padre.

—Pues no os puedo contar mucho más. Todo ha sido muy rápido.

—¿Dejarás el bar? —me espetó él.

—¿Por qué iba a dejarlo? Continuaré igual que antes: con el taller y el bar, aunque con lo que me pagas haría bien en pensármelo mejor.

Hugo se relajó.

—Me alegro por tu madre —dijo—. Parece una buena oportunidad.

—Sí —suspiré—, eso parecéis creer todos.

—Yo he oído decir a la gente mayor que esos extranjeros de La Torre son un poco raros, y que tienen unas costumbres muy extravagantes —comentó Georgiana.

—También tú y tu abuela erais raras cuando llegasteis de Rumania —le recordé—. En realidad, aquí es raro todo lo que es diferente.

Georgiana asintió con un movimiento de cabeza, supongo que recordando sus primeros años en Loriana.

Varios clientes entraron en el local e interrumpieron nuestra charla. Hugo se recluyó de nuevo detrás de la barra, y la música comenzó a sonar.

La parte más ancha del local había sido acondicionada a modo de pequeña pista de baile que, poco a poco, iba llenándose de gente. Ese era el secreto de Hugo: saber siempre lo que le interesa al cliente. Si quieren bailar, tendrán pista de baile. Esta era la última tendencia, pero aún recordaba cuando contrató a un pianista para amenizar las veladas. Meter el piano de cola dentro fue un asunto peliagudo. A las pocas semanas la gente se aburría soberanamente, así que hubo que volver a sacar el flamante piano, no sin pocos descalabros.

La noche acabó siendo intensa, y la clientela había atestado el local. El único problema lo creó Pedro Bergo cuando una muchacha se había negado a bailar con él. Se volvió agresivo con ella, y Hugo, con la ayuda de algún otro cliente, lo habían echado sin contemplaciones invitándole a no volver más.

Bergo era apenas cuatro años mayor que yo, y ostentaba el rango de ser la oveja más negra de cuantas ovejas negras tenía el pueblo de Loriana. Con un historial delictivo digno de un delincuente peligroso había pasado varios años en la cárcel condenado por un feo asunto en el que estaba involucrada una menor. Todo el mundo sospechaba que un día acabaría entre rejas por la afición que demostraba a perseguir a niñas adolescentes desde que tenía catorce o quince años. Eran pocos los que no le despreciaban en el pueblo.

Incluso yo había tenido un desafortunado encuentro con Pedro hacía siete años. Fue una tarde de invierno cuando volvía a casa después de hacerle una visita a Georgiana. Estaba anocheciendo y había empezado a lloviznar, así que tomé un atajo por un espacio arbolado y solitario para llegar antes. Aún recuerdo la impresión que sufrí cuando lo vi aparecer. Yo tenía trece años pero ya había oído hablar de sus fechorías.

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? —había dicho con gesto burlón, moviéndose con aires de suficiencia.

En aquellos momentos pensé ingenuamente que sólo trataba de burlarse de mí y que continuaría su camino. Pronto descubriría que no era esa su intención.

Di media vuelta para marcharme, para regresar a casa de Georgiana o simplemente desaparecer de su vista. Pero él me cerró el paso con una corta carrera.

—Déjame pasar —le pedí, repentinamente nerviosa.

—¿Y si no te dejo?, ¿qué harás? —se regodeó—. ¿Llamarás a tu papá? ¡Ah, es verdad! Tú no tienes papá...

Su carcajada grotesca y malévola me produjo un helor profundo.

—Déjame pasar, por favor —repetí, advirtiendo cómo mis ruegos parecían divertirle aún más.

De pronto la sonrisa perversa se evaporó de su cara, y comprendí al momento sus intenciones. Se acercó a mí con un movimiento rápido y trató de sujetarme. Forcejeamos durante unos instantes y caímos al suelo. Un olor a alcohol y a sudor rancio me produjo ganas de vomitar. Me debatí bajo el peso de su cuerpo hasta que una de mis manos se liberó de su garra. Le arañé la cara con tanto ímpetu que la sangre comenzó a brotar de su rostro. Soltó un alarido contenido por temor a que alguien lo escuchara. En ese momento descubrí en su mirada una violencia extrema que se disponía a descargar sobre mí. Por un instante pareció buscar algo en el bolsillo de su pantalón. Sentí un terror inmenso cuando distinguí una hoja afilada y puntiaguda relumbrar en la penumbra. Pensé que estaba perdida y en lo que sufriría mi madre por ello. El ladrido de un perro que se aproximaba, y su dueño persiguiéndolo, hizo que mi agresor se amedrentara y saliera corriendo.

Pero antes me lanzó una advertencia:

—¡Esto no se va a quedar así, Eva! —farfulló, escupiendo cada palabra mientras se limpiaba la sangre que se derramaba en finos hilillos por su rostro—. ¡Tarde o temprano, lo pagarás!

Había odio en sus ojos, y estaba convencida de que trataría de cumplir su amenaza. Más aún cuando me enteré

de las marcas permanentes que mis uñas habían dejado en su cara.

No le conté nada a mi madre, tan sólo Georgiana lo sabía, y le había hecho jurar que no se lo contaría a nadie. Ni siquiera a Hugo.

Durante un año tomé todo tipo de precauciones cuando iba sola a alguna parte, y si por alguna razón se me hacía tarde en casa de Georgiana, me quedaba allí a pasar la noche inventando alguna excusa con la complicidad de mi amiga.

Un año fue lo que tardó Pedro Bergo en cometer el deplorable delito que lo encerraría en una celda una larga temporada, y durante la cual los habitantes de Loriana disfrutamos sin su peligrosa presencia.

Pero los años pasaron y aquella alimaña pagó su falta con la sociedad que le dio el derecho a reinsertarse de nuevo. Hacía ya unos meses que había quedado en libertad y, aunque no se le había visto demasiado por el pueblo, había frecuentado el bar en alguna ocasión. A Hugo no le hacían gracia sus visitas pero, realmente, no había mucho que pudiera hacer mientras no creara problemas. Por mi parte, deseaba fervientemente que los años que había estado encerrado le hubiesen servido de lección y se hubiera olvidado de su mezquina amenaza.

—Hoy has estado un poco despistada —me recriminó Hugo cuando estábamos recogiendo.

—Sí, lo siento —me disculpé.

—¿Es por lo de tu madre?

—Supongo que sí. ¿He metido la pata en algo?

—Nada grave. Matías se ha pasado la noche pidiéndote un Gin-Tonic, y sólo le has puesto agua y Coca-Cola.

—Bueno, eso lo he hecho a posta. Ya sabes que luego Rosa no le deja entrar en casa.

—Sí, es cierto. —Intentó esbozar una sonrisa, pero se quedó a medias.

—Chicos, yo me voy —nos interrumpió Georgiana—. Estoy muerta de cansancio. No os vayáis tarde a la cama —dijo con una especie de musiquita en la voz que nos hizo sentir un poco incómodos. Nos guiñó un ojo, y se marchó.

—Yo también tengo que irme —le dije a Hugo mientras recogía mi bolso—. Mañana tengo que madrugar.

—¡Eva! —me llamó.

Me volví para mirarlo.

—¿Si?

Pero no dijo nada. En realidad, no hacía falta; nos conocíamos a la perfección. Habíamos pasado la vida juntos; desde el colegio hasta el instituto, amigos de correrías infantiles y adolescentes. De niños decíamos que de mayores nos casaríamos, y casi todo el mundo se lo creía. Lo peor de todo era que Hugo también lo creyó, y sólo esperaba a que abriera los ojos y descubriera que estábamos hechos el uno para el otro. Sin embargo, entre nosotros dos nunca hubo nada. Su tez morena por la brisa de la mar resaltaba sus facciones aún un poco adolescentes para tener veinte años. Su pelo negro y rizado se me antojaba adorable. Era un sentimiento de admiración fraternal, pues yo lo consideraba como a un hermano. Siempre quise pensar que ese afecto era mutuo, pero algo en mi instinto femenino me decía que había algo más, aunque nunca me lo hubiera confesado.

—Hasta mañana, Hugo —dije, y me marché.

ESPIA ENTRE LAS SOMBRAS

A la mañana siguiente me propuse madrugar; no quería que mi madre se me adelantara como el día anterior, así que ya había terminado un bordado con forma de flor cuando apareció con una taza de café humeante entre las manos.

—Has madrugado mucho, y anoche llegaste tarde —dijo, somnolienta.

Deposité la prenda encima de la mesa y me levanté de la silla para estirar los músculos.

—Dentro de unos días tendremos que entregar el vestido —comenté—, y como tú no estarás no quiero tener agobios de última hora.

Mi madre me contempló con esa expresión de cariño con la que suelen mirar las madres.

—Te has tomado todo esto muy bien. Siento de pronto que va a ser más duro de lo que pensaba. No me gustaría que te sintieras sola.

—Mamá, ya no soy un bebé. Estaré bastante ocupada, y cuando no trabaje iré a verte —dije haciendo acopio de todas mis fuerzas para que no se notara el nudo en la garganta que se me formaba por momentos—. Espero que tú tampoco te sientas sola.

—Si prometes visitarme a menudo, seguro que no. Además, tengo a la vieja Amelia para hacerme compañía. A lo mejor es más amena de lo que parece.

—Sí, claro... —Hice una mueca con la boca—. Seguro que cuenta unos chistes para morirse de risa.

Después del almuerzo nos dirigimos de nuevo rumbo a La Atalaya. Amelia ya nos esperaba inquieta. Yo me preguntaba cómo una mujer tan mayor podía tener tan poca paciencia.

—Os esperaba esta mañana —dijo sin contemplaciones.

—No creímos que hubiera tanta prisa —le contestó mi madre de forma amable.

—¿Que no hay prisa? Querida, creo que no se da cuenta de la magnitud de su tarea. Va a tener usted a su cargo a una cuadrilla de trabajadores esperando órdenes.

—Creí haberle entendido que los señores no vendrían hasta el mes próximo, y que tendríamos tiempo...

—¡En efecto! —la interrumpió—. Pero el mes próximo comienza dentro de una semana, así que no es tiempo, precisamente, lo que nos sobra.

No me gustaba esa forma de hablarle a mi madre, quien asentía continuamente con la cabeza a cada palabra de la anciana gruñona.

Me fui con una sensación vacía, casi sin tiempo para despedirme. Me consolé pensando en volver un rato al día siguiente.

Una vez en casa dediqué algo más de una hora a bordar el vestido de Graciela. Si continuaba así, no tendría ningún problema con la fecha de entrega.

Esa noche, Hugo estuvo distante conmigo, y ni siquiera se molestó en espantarme algún que otro moscón medio ebrio que revolotearon a mi alrededor. Claro que sólo se dirigían a mí después de haber sido despachados por Georgiana con verdadera maestría.

Es algo a lo que te acostumbras; a ser observada por un puñado de ojos solitarios en busca de compañía. El grado de interés, que muchos de los clientes demostraban en nosotras, era directamente proporcional al número de horas invertidas en contemplarnos. Estaba convencida de que cuando uno emplea el tiempo suficiente en estudiar a una persona se le acaba por encontrar algún atractivo. Aunque siempre hay excepciones.

Mi amiga en eso del atractivo se llevaba el primer premio porque, aparte de que no hacía falta mirarla demasiado para

encontrar su encanto, era extremadamente solícita con los hombres. Siempre y cuando, claro está, éstos fueran de su gusto y no estuvieran borrachos.

Advertí que Hugo estaba enfadado. No sabía muy bien por qué, o quizá sí, el caso es que intenté no acercarme mucho a él. Ya se le pasaría. Además, era endiabladamente testarudo y sabía que estaría así toda la noche.

Unos chicos del vecino pueblo de Bres habían venido a celebrar que su equipo de fútbol local había goleado de manera bochornosa al equipo de Lorianana esa mañana. Siempre era lo mismo. Los hinchas del equipo ganador se iban a festejar su victoria al pueblo del equipo perdedor, lo que originaba no pocas trifulcas futboleras. Hugo vigilaba con ojos de águila al acecho para detener cualquier conato de refriega antes de que los ánimos se calentaran demasiado, tal y como había sucedido en otras ocasiones. La cosa no pasaba de algún ojo morado y varios desperfectos en el local, algo que esa noche, Hugo, no estaba dispuesto a tolerar.

Aunque no se lo iban a poner nada fácil.

Después de unas cuantas copas, los chicos de Bres se unieron todos a una para corear una provocadora cantinela que consiguió caldear el ambiente hasta límites insospechados.

—¡Basta ya! —les bufó Hugo—. ¡O bebéis tranquilos y callados o tendréis que marcharos!

—Déjalos, Hugo —dijo Diego de la Fuente, que estaba apostado en la barra. Diego era el hijo pequeño de Juan, el último farero de Lorianana. Era un chico tranquilo pero todos conocíamos su punzante sentido del humor. Su pelo largo y castaño era algo característico en él—. Es normal que lo celebren, nos han metido cinco goles. Pero tal vez deberían saber que mientras ellos celebran su triunfo en nuestro pueblo la mitad de nuestros muchachos se han ido a Bres a ser consolados gustosamente por sus chicas, tan necesitadas de hombres de verdad.

—Por eso todas sus mujeres vienen a casarse a nuestro pueblo, ¿verdad, Diego? —dijo Esteban, que era dueño de una tienda de *souvenirs* y estaba casado precisamente con

una mujer de Bres.

—Tú lo has dicho, hermano —apuntilló Diego.

Los de Bres cambiaron de color. Si hubieran podido bufar como las bestias, lo habrían hecho.

—¡Basta! —volvió a repetir Hugo—. ¡Callaos o salid afuera a partiros la cara si os apetece!

Esta vez la cosa no pasó de unas cuantas miradas desafiantes y la noche terminó sin incidentes.

Procuré irme a casa antes que Georgiana; no quería quedarme otra vez a solas con Hugo. Presentía que la noche anterior había intentado decirme algo e intuía que un día de estos se quitaría su coraza y me hablaría de sus sentimientos. Entonces yo no podría soportar el dolor de verlo sufrir por algo que era del todo imposible.

Los días siguientes fueron tranquilos. Todos los días, después de finalizar la tarea en el taller, me iba un rato a ver a mi madre. Estaba siempre muy ocupada libreta en mano anotando toda clase de instrucciones que Amelia daba a los empleados.

Para matar el tiempo me perdía por la vieja mansión. Entrar otra vez allí me produjo un *flashback* a la infancia.

Todo estaba tal cual lo recordaba; los muebles, la decoración, y todos los días, aprovechando lo atareada que estaba Amelia, me escabullía escaleras arriba, a la primera planta, deseando con todas mis fuerzas volver a ver el cuadro fascinante de mi ángel con pantalones, icono de un atolondrado y absurdo deseo. Pero fue inútil, la biblioteca siempre estaba cerrada.

Una mañana me desperté con un desagradable presentimiento. Tras una ducha rápida preparé un succulento desayuno. Sin embargo no pude probar bocado. Ni siquiera fui capaz de coger la aguja; extrañamente mis manos estaban sudorosas y frías. Pensé que me había resfriado, claro que sería la primera vez porque nunca me ponía enferma. No aguanté un minuto más y salí disparada hacia La Torre.

La carretera de La Atalaya se me antojó más larga y

empinada, parecía no terminar nunca. La desazón iba creciendo sin aparente explicación.

Aparqué el coche y caminé de forma precipitada hasta la puerta lateral. Agradecí en ese momento que Amelia me hubiera dado una llave, fue un detalle generoso por su parte. Cerré a mi espalda el desvencijado portón y, mientras cruzaba a grandes zancadas el jardín bosque, una oleada de calor invadió mis entrañas y ascendió hasta mi garganta. Esa desazón me quemaba el pecho. Sólo deseaba ver a mi madre y comprobar que todo iba bien.

Llegué a la casa y abrí la puerta.

—¡Mamá...! —llamé.

Nadie contestó, así que salí corriendo hacia el edificio principal.

Mi preocupación no hacía más que aumentar. Pensé que estaba exagerando, pero la razón no estaba de mi lado; era algo instintivo. La agitación se extendía ya por todo mi cuerpo.

La doble puerta de entrada estaba abierta. Entré en el gran recibidor y subí las escaleras de dos en dos. Asomé la cabeza en cada sala esperando verla en cualquier momento. Algo no iba bien. Un vértigo intenso me recorrió el estómago y sentí náuseas. ¿Qué me pasaba? ¿Estaba dejándome llevar por el pánico ante una corazonada absurda?

Hasta que por fin la vi.

Estaba en uno de los dormitorios colocando un espléndido ramo de flores en un vistoso jarrón.

—Mamá... —dije intentando disimular mi exaltación.

—Eva, hija, ¿has venido corriendo? Estás sofocada...

—Sí, bueno, tenía ganas de verte —mentí a medias mientras resoplaba de alivio.

Ahora todo me parecía ridículo y me sentí estúpida. De ahora en adelante confiaría más en mi lado racional.

—¡Clara! —sonó la voz de Amelia desde otra habitación.

—Hija, no te vayas. Tenemos que hablar —me dijo en voz baja.

Abandonó el dormitorio y me quedé allí renegando en silencio de mis molestos e incómodos presentimientos.

Salí de nuevo al ancho pasillo sin saber muy bien qué hacer. Casi como por instinto dirigí mis pasos hacia la biblioteca, imaginando que una vez más la encontraría cerrada. Pero para mi sorpresa, el asidero de la puerta... cedió. Antes de colarme dentro miré hacia ambos lados para asegurarme de que nadie me observaba.

Los ventanales de la amplia sala tenían las tupidas cortinas color cobalto medio corridas, así que no había demasiada luz.

Todo estaba igual que lo recordaba: montones de libros reposaban desordenados en cada rincón de la sala. Ni siquiera me detuve a examinarlos; mi único objetivo era volver a admirar el atrayente cuadro que tanto me había impresionado. Habían pasado ocho años pero no me resultó difícil hallarlo.

Volví a plantarme frente a él y lo contemplé absorta de nuevo.

Allí estaba: la pálida figura con el torso desnudo de perfección delirante; su cabeza agachada en señal de sumisión, y aquellas poderosas alas replegadas, muestra de recogimiento y reposo, en una enloquecedora armonía sobrehumana.

Era una visión sobrecogedora, casi divina si no fuera por el atuendo que confería a la figura un aire más terrenal. Ejercía sobre mí un magnetismo extraño, una fuerza irresistible que me impulsaba a tocarlo.

El cabello enmarañado de color dorado parecía tan real que inconscientemente alcé mi mano para acariciarlo. Deseaba sentirlo entre mis dedos, notar su sedoso tacto, imaginando ingenuamente que el roce de mi mano pudiera convertirlo en realidad, cobrando vida de la misma forma que lo hacía en mis sueños infantiles. Estaba a punto de alcanzarlo cuando, de pronto, alguien habló:

—¿Te gusta?

Retiré la mano como si hubiera tocado un hierro incandescente, y el sobresalto lanzó mi corazón al galope. Busqué en la oscuridad intentando descubrir al espía entre las sombras.

Sentado en uno de los grandes butacones al refugio de la

penumbra, la figura apenas visible de un hombre me contemplaba. Intenté reponerme del susto antes de contestar.

—Lo siento —me disculpé nerviosa—. Yo... creí que no había nadie...

El hombre se quedó unos momentos en silencio, observándome desde la clandestinidad.

—¿Por qué te causa tanta fascinación? —preguntó al fin con una voz cálida y agradable, marcada por un sutil acento que envolvía cada palabra de un modo seductor.

—Bueno... —titubeé—, la verdad es que es una pintura extraña. Nunca había visto un ángel retratado de esta manera.

Mis manos se fueron a mi cabello, acicalándolo, como si de repente hubieran cobrado vida propia y quisieran dejarme en ridículo.

—¿Y por qué crees que es un ángel? —preguntó—. ¡Ah! No me lo digas. Por las alas, supongo.

Por su tono de voz parecía que se estaba burlando.

—Sí, imagino que las alas tienen algo que ver con eso —afirmé desde mi incómoda posición, intentando verle el rostro a mi interlocutor que se mantenía oculto como un lobo en su madriguera.

—También podría tratarse de un demonio —apuntó con un poco de sorna—. ¿No te has parado a pensarlo?

No me gustó su comentario, y empecé a actuar con cautela. Se diría que ahora pretendía intimidarme.

Después de unos segundos de vacilación, la voz volvió a mi garganta.

—Yo..., tengo que marcharme —logré articular, y me encaminé hacia la puerta.

Justo en el instante en que pasaba a su lado, aquella figura se puso en pie.

Su enorme tamaño me impresionó, y me pregunté cómo era posible que no lo hubiera visto cuando entré en la sala. Incluso allí sentado era difícil que pasara desapercibido. Ni siquiera pude levantar la mirada para observarlo.

Para mi alivio, Amelia apareció en el pasillo.

—¡Eva! ¿Qué haces aquí? ¡Tu madre te está buscando!

—exclamó de forma impertinente; como una maestra que sorprende a su alumna en medio de una travesura—. Veo que ya conoces al señor Eriksson —añadió. Me di cuenta de que me había seguido hasta la puerta—. Señor, esta es Eva Martín, la hija de Clara, la nueva ama de llaves.

Noté un cierto desdén en sus palabras. Me di la vuelta para saludar cortésmente. Entonces le vi el rostro.

Aquel extraño de elevada estatura parecía rondar los veintitantos y vestía de manera formal; traje oscuro y camisa blanca sin corbata. Tenía un aspecto típicamente escandinavo. El cabello rubio le llegaba hasta la nuca y era lacio, lo que provocó que su flequillo volviera de forma rebelde hacia sus ojos cuando se echó el pelo hacia atrás con la mano. Su frente era ancha, y unas tenues cejas eran la antesala de unos hermosos ojos de un azul tan delirante como jamás había visto. Sus cuencas profundas daban a su mirada, aún si cabe, mayor intensidad.

Pero había algo en aquel rostro que me estremeció; su mirada era fría como una noche de invierno. Aparté mis ojos de los suyos completamente turbada. Mi piel se erizó sin poder evitarlo.

—Jon Eriksson —dijo ejecutando una leve inclinación de cabeza—. Encantado de conocerte, Eva. Un nombre evocador; la primera mujer sobre la faz de la Tierra... para algunos.

—Sí, bueno, igualmente —atiné a decir medio atontada.

—Me gusta tu colgante —añadió—. Tiene... un brillo especial...

Lo miraba con tanta intensidad que torcí el cuello para observarlo.

Descubrí con sorpresa que el blanco nácar de la pequeña joya brillaba de una forma diferente. Era la primera vez que me había dado cuenta de ese hecho.

Jon Eriksson mantuvo los ojos clavados en el camafeo, como si se tratara en verdad de una joya de gran valor.

—Mi madre me espera —dije dando media vuelta y dejándolos allí plantados.

Todavía sentía escalofríos cuando encontré a mi madre en el vestíbulo.

—¡Eva! ¿Dónde te has metido?

—Estaba en la biblioteca —balbuceé—. ¿Por qué no me has dicho que estaban aquí? —le recriminé en voz baja.

Me cogió del brazo y salimos de la mansión.

Encaminamos nuestros pasos hacia la casa de Amelia. El cielo estaba cargado de cúmulos con rebordes definidos; unos blancos y esponjosos y otros más densos y grises que contrastaban con retazos de cielo azul celeste.

—¿A quién has visto? —quiso saber.

—A un tipo grande un tanto engreído —respondí, torciendo el gesto.

—¿Jon Eriksson?

—El mismo. ¿Hay alguien más?

—Sí, su hermano Daniel y una mujer..., pero no recuerdo bien su nombre.

Dejé de caminar y la miré con suspicacia.

—Espero que no tengas demasiados problemas con ellos aquí. Ese Jon Eriksson..., no sé..., hay algo en él que me da escalofríos.

—No seas tan recelosa... —me recriminó. Luego sus ojos se desviaron hacia mi cuello—. Tu colgante brilla, ¿lo has visto?

—Sí —asentí—. Es curioso, ¿verdad?

Su rostro se ensombreció.

—Sólo lo había visto brillar así... una vez —murmuró con voz débil—. Cuando tu padre me lo regaló...

Nos quedamos un momento pensativas. Ella posiblemente pensando en mi padre y yo en lo mucho que le afectaba el simple hecho de recordarlo.

Una ráfaga solitaria de viento fresco nos hizo salir de la abstracción.

Avanzamos por el sendero entre grandes troncos de árboles. La casa de Amelia no tardó en aparecer ante nuestra vista. Una fluida columna de volutas de humo se dejaba ver a través del denso ramaje sin hojas.

—¿Te quedarás a comer? —me preguntó tratando de mitigar un poco la expresión melancólica de su rostro.

—Sí, si tú quieres...

—Por supuesto que quiero —dijo.

Me percaté del enorme esfuerzo que hacía su corazón por apartar las obstinadas alusiones al pasado que su mente se empeñaba en evocar.

Pasó un brazo por mis hombros y entramos en la casa. Preparamos juntas la comida, y cuando llegó Amelia las tres nos sentamos a la mesa.

Hablamos de cosas superficiales, procurando evitar cualquier comentario referente a la llegada de los Eriksson a La Torre.

Después de una pequeña charla de sobremesa y de degustar un delicioso café al calor de la chimenea, me despedí de mi madre y de Amelia, quien me miró de una forma muy extraña. Aunque sus miradas chocantes y misteriosas ya no me afectaban demasiado.

Caminé por el sendero rumbo a la pequeña puerta lateral. El viento se había intensificado y me obligaba a sujetarme el pelo, empeñado en enroscarse tercamente alrededor de mi cara.

De pronto tuve un repentino ataque de curiosidad. Deseaba poder ver a alguno de los Eriksson, con excepción del que ya conocía. Obedecí a ese inesperado impulso, abandoné el sendero y me introduje entre la arboleda.

Caminé con sigilo hacia la mansión. Me detuve en los límites del escueto bosque, espiando desde mi posición oculta. Divisaba el caserón de piedra y sus alrededores, pero no percibí ningún movimiento.

Así me mantuve durante unos minutos hasta que al final decidí marcharme, aburrida y con cierto sentido de culpabilidad por dedicarme al reproable arte del fisgoneo.

Al girarme en dirección al sendero, la silueta cercana de un hombre me hizo dar un salto.

—Lo siento —dijo el desconocido—, no quería asustarte.

Estaba tan avergonzada por haber sido sorprendida espiando que apenas pude mirarlo a la cara.

—Yo... ya me iba... —balbuceé desconcertada—. Sólo... sólo vine a ver a mi madre...

El hombre se acercó a mí con paso ligero y se presentó.

—Soy Daniel Eriksson —dijo extendiendo la mano.

Alargué mi mano y estreché la suya, que resultó estar tan

fría como la mía.

—Yo soy Eva, la hija de la nueva ama de llaves.

—Lo sé —afirmó—. Amelia nos ha hablado de ti.

—Espero que no demasiado mal...

Mi comentario le resultó gracioso y esbozó una sonrisa que puso en evidencia una blanca perfección dental.

—Estaba dando un paseo —me informó.

Visto de cerca, Daniel Eriksson parecía más joven; más o menos de mi edad. Me sorprendió lo diferente que era de su hermano. Sus ojos eran negros como el azabache, al igual que su pelo que hacía resaltar drásticamente la blancura de su piel. Constaté que no mostraba ningún acento al expresarse.

—¿Quieres acompañarme? —preguntó cortésmente.

Su ofrecimiento me cogió por sorpresa.

—En realidad, tengo que marcharme —respondí, cohibida.

—Pues entonces yo te acompañaré hasta la puerta —anunció—. Si no te importa, claro.

Lo miré sin pestañear, extrañada por su interés.

—No, no me importa.

Su rostro se iluminó complacido y le devolví una tímida sonrisa.

Tomamos de nuevo el sendero y avanzamos lentamente. Daniel contemplaba el paisaje con detenimiento. Aproveché para mirarlo de reojo.

Su apariencia no era tan imponente como la de su hermano; no era demasiado alto ni tampoco muy corpulento, pero no se podía negar que era un chico muy atractivo. Vestía vaqueros y una parka informal encima de una camiseta. Cuanto más lo miraba más me reafirmaba en mi primera impresión; era realmente guapo.

Se percató de que lo observaba y desvió rápidamente la mirada.

—Hace muchos años que no venía a este sitio —dijo.

—Es un lugar hermoso.

Observé el entornó, preguntándome qué edad tendría la última vez que había estado en La Torre. Supuse que debía de ser un niño.

—Amelia dice que no deseas instalarte aquí con tu madre, ¿es cierto?

Me sentí un poco acorralada.

—Bueno..., prefiero permanecer en nuestra casa. Todavía tengo trabajo que terminar...

—Entiendo —dijo, y se detuvo para mirarme—. De todas formas, quiero que sepas que puedes quedarte aquí cuando lo desees. A este lugar le hace falta un poco de aire fresco.

Asentí con un movimiento de cabeza, y seguimos caminando. Al pasar cerca de la capilla, Daniel le prestó especial atención.

—¿Es cierto que está decorada con hermosas pinturas?
—le pregunté, siguiendo la línea de su mirada.

—No lo sé —respondió—. Nunca he estado dentro.

—¿Nunca?

—No, nunca —negó con cierta tristeza.

—Pues creo que deberías verla —sugerí.

—Lo tendré en cuenta —aseguró con media sonrisa.

Estaba a punto de despedirme cuando su hermano atravesó la pequeña puerta lateral incrustada en los muros de La Torre. Iba acompañado de una mujer de larga melena rubia y apariencia exuberante a la que sujetaba afectuosamente por la cintura.

—¡Jon! —exclamó Daniel—. Creo que ya conoces a Eva Martín, ¿no es cierto?

Contemplar la alta figura de Jon Eriksson me produjo, de nuevo, un irreprimito estremecimiento.

—La señorita Martín tiene un extraño interés por alguno de los cuadros —dijo éste clavándome la mirada.

Sentí que las mejillas se me arrebolaban al recordar nuestro encuentro en la biblioteca.

Cuando Daniel señaló a la mujer su expresión reveló un cierto grado de descontento.

—Esta es Rusla Hamsun que... ha venido acompañando a mi hermano.

Ella se abrazó cariñosamente al cuerpo de su acompañante, y tuve que estirar el cuello para mirarla a la cara. Era la segunda vez ese día que mi amor propio se concentraba directamente en mi estatura.

—Hola —dijo haciendo un gesto rápido con la mano.

Sonreí educadamente sin despegar los labios.

No sabría decir si era guapa; a primera vista lo parecía, o quizá era una ilusión provocada por la gruesa capa de maquillaje que cubría su rostro. Su melena lisa y dorada haría ensombrecer a cualquier fémina que osara pararse a su lado. Unos profundos ojos pardos conferían a su rostro una apariencia felina. Tenía una figura esbelta y atlética; así lo evidenciaba su ceñido atuendo. No podría dar un paso por las calles de Loriana sin llamar la atención.

Volví la mirada hacia Daniel.

—Tengo que marcharme. Esta tarde trabajo en el bar.

—¿Trabajas en un bar? —me preguntó la mujer marcando sonoramente las erres.

—Sí —afirmé—, y mi turno empieza dentro de una hora.

La rubia dejó escapar una débil risita.

—¿Bromeas? —insistió.

No entendía dónde estaba la gracia, y le lancé una mirada incisiva.

—No te preocupes por Rusla —dijo Daniel—. El único trabajo que ha realizado en su vida es el de elegir la ropa que se pondrá cada mañana.

Jon sofocó una carcajada y ella los taladró con la mirada. Aproveché para despedirme rápidamente y me marché.

Conduje despacio mientras repasaba en mi mente todo lo sucedido. Desde luego, los señores de La Torre no eran como los había imaginado.

La imagen de Daniel se había instalado en mi memoria como una reminiscencia dulce. No se parecía a nadie que hubiese conocido antes. La presencia de su hermano, sin embargo, era inquietante. Aquel encuentro en la biblioteca me había perturbado profundamente. Había algo en Jon Eriksson que me cortaba el aliento.

Decidí pasar por casa de Georgiana antes de ir a trabajar. Tenía una camiseta del uniforme del bar en el coche y que guardaba para emergencias como esta. Tendríamos el tiempo justo para charlar un rato. Estaba deseando contarle a alguien lo ocurrido.

La casa de mi amiga era pequeña. Georgiana había compartido habitación con su abuela hasta que, seis años atrás, hicieron unas reformas con el dinero obtenido en una Bonoloto premiada. Añadieron una buhardilla en el tejado e instalaron en ella dos dormitorios cálidamente revestidos de madera. Con el dinero que les sobró rodearon el jardín con una bonita valla blanca que cada verano repintaban para que luciera inmaculada.

Encontré a su abuela arrodillada en el césped. Era una mujer pequeña y robusta que solía vestir con colores llamativos, algo que la hacía parecer más alegre de lo que en realidad era. Por el contrario, su pelo mostraba distintos tonos grisáceos encuadrando un rostro redondo y casi sin arrugas. Sujetaba una diminuta pala en una mano y un recogedor en la otra.

—Hola, Livia —saludé—. ¿Está Georgiana?

—¿Ves estos montoncitos de tierra? —dijo un poco fuera de sí con su marcado acento rumano—. Estos malditos topos van a acabar con mi jardín.

—¿Ha probado a poner botellas invertidas en los agujeros?

Me miró con expectación detrás de sus lentes.

—¿Serviría de algo?

—Bueno, dicen que el eco que producen no les gusta y se van.

Se quedó pensativa unos instantes.

—Está en su habitación —dijo, y tras levantarse se dirigió hacia un minúsculo cobertizo lo más rápido que le permitió la artrosis.

Entré en la casa y subí las escaleras. Encontré a Georgiana pintándose las uñas de los pies encima de la cama mientras escuchaba una música machacona. El olor a acetona impregnaba el dormitorio.

—¿Por qué te pintas las uñas? —le pregunté cuando bajó el volumen de su equipo de música con un diminuto mando a distancia—. No se verán dentro de esos zapatos de tacón que siempre te pones.

—Por pura coquetería —dijo riendo—. Ya sabes como soy: antes muerta que sencilla.

—Sí, lo sé. —Le devolví la sonrisa.

—Pásame el algodón, por favor —me pidió, señalando la cómoda.

Cogí el algodón y me senté a su lado. Un potente foco fluorescente, apoyado en la mesilla de noche, alumbraba directamente sobre su pie desnudo y hacía brillar de manera intensa los rizos de su cabellera, acentuando su tono bermejo.

—Ya han venido los Eriksson —solté de sopetón.

—¿Quién ha venido? —apenas consiguió articular, ya que tenía la lengua fuera intentando la máxima precisión con el pequeño pincel.

—Los señores de La Torre —respondí, haciendo hincapié en cada palabra.

—¿¡Sí!? —exclamó abriendo mucho los ojos, demostrando que por fin había captado su atención—. ¿Cómo son?

—Distintos de como los había imaginado.

Le conté lo sucedido, sin mencionar el escultural físico de Rusla; no quería arruinarle el día. Me escuchó sin pestañear, y lo que es mejor, sin interrumpirme ni una sola vez, lo cual era algo verdaderamente raro en ella.

—El rubio parece interesante; un vikingo gigante... —comentó.

Depositó el frasquito de laca de uñas en la mesita y luego se estiró de forma sensual sobre el colchón.

—Suponía que dirías eso; siempre te han ido los malos —dije mientras le sacudía con un cojín—. No pensarías lo mismo si le hubieras visto la mirada.

—¿Para tanto es?

—Me da escalofríos.

—¡Vaya...! —Sus ojos se expandieron aún más, como si la cualidad de poner los pelos de punta a la gente fuera algo de lo más atrayente—. Pues a ti parece que te gusta Daniel Eriksson —insinuó.

—¡No digas tonterías! —protesté—. Lo acabo de conocer... —Pero noté como mi boca hacía una mueca rara intentando disimular una risita que me delataba—. Me ha causado buena impresión, eso es todo.

—¡Venga ya, Eva! No es buena impresión. Tenías que haberte visto la cara cuando hablabas de él.

Al parecer no había disimulado con mucha eficacia. Volví a lanzarle otro cojín que impactó de lleno en su cara antes de caer al suelo. Georgiana soltó un bufido y se atusó los alborotados mechones de cabello que el misil esponjoso había descolocado.

—¿Tú crees que podrías invitarme un día a ver el cuadro? —preguntó ilusionada.

—Ojalá pudiera, pero Amelia se enfadó cuando me vio allí, así que es inútil pedirle permiso.

—¡Qué fastidio! —exclamó, decepcionada. Luego se quedó un momento pensativa y añadió—: ¿Y si les pides permiso a ellos? Después de todo, son los dueños, ¿no?

—Es un poco pronto, ¿no crees? Tendrás que tener paciencia.

—¡Qué emocionante! —dijo al tiempo que se llevaba las manos a las mejillas.

—No te hagas demasiadas ilusiones, no quiero que piensen que me aprovecho de la situación.

—¿Me presentarás al rubio grandote? —Su rostro se encendió como una llama, acorde con su pelo.

—Eres incorregible... —dije, y suspiré—. Anda, vamos o llegaremos tarde al bar.

Al salir de su casa encontramos una docena de botellas invertidas clavadas en el jardín. Georgiana me miró con cara de no entender nada.

Me encogí de hombros.

—¡Topos! —le dije.

CONFESIONES

Esa noche le faltó tiempo a Georgiana para contarle a Hugo la llegada de los Eriksson a La Torre, y que uno de ellos era un guapo vikingo de mirada fiera. Sentí ganas de estrangularla, y por la cara de Hugo parecía que él deseaba estrangular a todo el mundo.

—Tranquilo, Hugo, que no es su tipo —terminó de rematar Georgiana.

La cogí del brazo, en un descuido, y la llevé al cuarto de los suministros.

—¿Qué haces? ¿Quieres que Hugo se dedique a mortificarme todos los días con los Eriksson? Y, aparte de eso, yo no he dicho que tu vikingo sea guapo, te lo has inventado y Hugo me lanza miradas asesinas.

—Eres una exagerada —dijo, sofocando la risa—. Pero no lo volveré a mencionar, si tanto te molesta...

—Está bien —me serené—. Y espero que Hugo haga lo mismo, sino acabaré por ponerte un esparadrupo en la boca.

—Mis labios están sellados —dijo mientras hacía el gesto de cerrar una cremallera sobre ellos.

A última hora de la noche, ya a punto de cerrar, me acerqué a la barra donde Matías apuraba un café que Hugo le había servido por cortesía de la casa. Lo había visto entrar hacía un rato, tambaleándose de un lado a otro hasta alcanzar la barra a la que se aferró firmemente para no derrumbarse. Cabizbajo, levantó la cabeza y me miró mientras yo depositaba sobre la barra unos vasos sucios.

—Tu madre es una buena mujer —murmuró con la típica

lengua enredada de los borrachos.

—Y tú deberías irte a casa o dormirás de nuevo en la calle —respondí, casi sin darme cuenta.

Su rostro demacrado y enrojecido se retorció en una mueca de dolor intenso, dolor del alma, y pude ver que sus ojos se humedecían. Le di una palmadita de afecto en la espalda y me dispuse a continuar mi trabajo. Entonces me sujetó fuertemente por el brazo; más fuerte de lo que habría deseado de ser totalmente consciente.

Hugo vio su movimiento y acudió en mi ayuda.

—No pasa nada, Hugo. No quiere hacerme daño —dije levantando la mano para detenerlo.

Matías tiró de mí y acercó su cara a la mía. El olor a alcohol me hizo arrugar la nariz.

—La Torre no es un lugar seguro para vosotras —susurró, clavándome los ojos vidriosos.

—¿Qué estás diciendo? Mejor te vas a casa a dormir, Matías —refunfuñé.

—Ellos no son como nosotros....

—Sí, ya me he dado cuenta —respondí con gesto indiferente.

—Tu padre era uno de ellos...

Aquellas palabras me conmocionaron. Tardé unos segundos en reaccionar; no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Mi... padre? ¿De qué estás hablando?

Matías bajó la cabeza y pareció dormitar, pero después de lo que había dicho no podía dejar así las cosas. Seguro que me estaba confundiendo con otra persona, eso debía de ser.

—Matías, escucha —dije a la vez que le zarandeaba—. ¡Eh, Matías! ¡Despierta! —grité de pronto.

Hugo permanecía al otro lado de la barra, expectante. El anciano abrió lentamente los ojos y me miró.

—Matías, dime, ¿tú conociste a mi padre? —pregunté consternada.

Los segundos que tardó en contestar fueron los más largos de mi vida.

—Me pregunto cómo serás tú... —balbució, arrastrando

las palabras—. ¿Como ellos, o como nosotros? Te he visto crecer, querida niña, imaginando que un día vendrían a buscarte. Y aquí están. Debes de ser como ellos entonces. —Hizo un gesto de desprecio al decir esto.

Lo que habló a continuación fue imposible de descifrar. Luego se marchó, trastabillando y murmurando incongruencias.

Contemplé la puerta por donde había salido y empecé a recapitular sus palabras. Nada tenía sentido. ¿Acaso Matías conocía a mi padre? ¿Era posible? Mi madre jamás hablaba de él. Ni siquiera la abuela supo quién fue.

—¡Eva!

Había olvidado a Hugo.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—No, no estoy bien. ¿Cómo voy a estarlo después de lo que ha dicho Matías?

—No le hagas caso, creo que estaba completamente ido. El alcohol le hace decir barbaridades. Olvídalo.

Georgiana intuyó que algo no iba bien y se acercó.

—Chica, estás lívida, ¿te encuentras bien?

Hugo decidió cerrar un poco antes, disculpándose ante los pocos clientes que quedaban en el bar. Después puso al corriente a Georgiana de lo sucedido.

—¡Guau! ¿Te imaginas que tu padre fuera uno de los ricachones de La Torre?

—Georgiana, por favor, no bromees... —le pidió Hugo frunciendo el ceño.

—No es broma. ¡A lo mejor los Eriksson son tus hermanastros!

La cabeza comenzaba a darme vueltas. Sentí que iba a vomitar y salí disparada hacia el cuarto de baño. A mis espaldas escuché la voz de Hugo soltándole una buena reprimenda a Georgiana.

Con el estómago vacío me sentí mejor.

Hugo decidió llevarme a casa en mi coche. Durante el camino no hablamos. Se limitó a mirarme de reojo, tanteando los efectos de mi consternación.

—Gracias por traerme —le agradecí—. Ahora tendrás que volver caminando.

—Será un paseo —contestó, quitándole importancia—. Y tú, ¿qué vas a hacer?, ¿preguntarás a tu madre?

—No lo sé, Hugo. Todavía pienso que Matías me ha confundido con otra persona.

—No me gusta ser yo quien te lo diga, pero recuerdo que cuando éramos niños Matías y Tomás, el marido de Amelia, eran amigos.

—Sí, yo también lo recuerdo vagamente.

Nos apeamos del coche y me acompañó hasta la entrada. Polka se abalanzó sobre mí cuando abrí la puerta. Hugo la recogió de mis brazos y la depositó en el suelo. Se sentó sobre sus patas traseras y nos contempló con sus grandes ojos. Después nos siguió hasta la cocina.

Hugo rebuscó en el armario hasta encontrar la cajita de madera donde mi madre guardaba las infusiones y comenzó a preparar una tonelada de tila. Desde que éramos pequeños conocía mi casa tan bien como la suya. Siempre sabía dónde buscar lo que pudiera necesitar: desde los vasos para beber agua o el pan para la merienda hasta nuestros juguetes favoritos. Me vinieron a la memoria imágenes de nuestra infancia. Recordé cuando teníamos ocho o nueve años. Su padre le había hecho una preciosa espada de madera de la que él se sentía muy orgulloso y que solía dejarse olvidada en nuestra casa. Yo siempre se la cambiaba de lugar para que, cuando volvía a por ella, empleara un buen rato buscándola por todos los rincones.

Hugo había formado parte de mi vida como un miembro más de la familia, igual que Georgiana. Los tres compartíamos una complicidad especial, pues los tres nos sentíamos huérfanos de algún miembro de nuestra familia: yo no había conocido a mi padre, la madre de Hugo lo había abandonado en plena adolescencia, y Georgiana había crecido sin ninguno de sus progenitores.

Estaba segura de que Hugo me comprendía muy bien.

Me tendió una tacita de líquido humeante y me hizo compañía durante más de una hora.

—No te mortifiques. Déjalo correr hasta que averigües algo más.

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —

dije—. Además, los dos conocemos a Matías. Es un buen hombre, sólo que ha tenido mala suerte.

—Los borrachos siempre dicen la verdad, pero puede que su verdad no sea como él cree. Te repito que no debes agobiarte tanto. Vete a dormir y mañana tendrás la cabeza más despejada para pensar.

—Gracias, Hugo... Por todo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti —murmuró.

Hugo se marchó, y la soledad cayó sobre mí como una losa fría. Me encogí en el sofá y me tapé con la suave manta que Hugo me había traído unos minutos antes de irse. Polka se acurrucó a mi lado, reconfortándome con su cercanía.

Pese a la conmoción, el sueño no tardó en envolverme, y mis temores invadieron el espacio imaginario de los sueños.

Podía verme deambulando por la biblioteca de La Torre. Un hombre alto se acercaba a mí como una sombra de ojos llameantes. Intenté correr; no quería enfrentarme otra vez a aquella mirada fulgurante. De la nada apareció otro hombre de rostro sereno y dulce que se reía a carcajadas. *«Pero ¿por qué quieres huir?»*, dijo el de los ojos ardientes. *«Somos de tu misma sangre. Ven con nosotros, te llevaremos a conocer a nuestro padre. Siempre lo has deseado, y ha llegado el momento»*.

Gotas de sudor se deslizaban por mi frente cuando desperté. Notaba el pelo pegado a la nuca y sentía frío. No deseaba volver a dormir; eran ya las siete y una claridad incipiente anunciaba el amanecer. Me dolían los músculos; cada uno de ellos, incluso alguno que ni siquiera sabía que tenía. El sofá de nuestra casa no era el mejor lugar para pasar la noche. Una ducha larga mejoró el estado de mi cuerpo. A pesar de lo apesadumbrada que me encontraba y de que mi pulso no era firme, no tuve más remedio que dedicar varias horas a bordar el vestido de Graciela.

Mientras permanecía pacientemente sentada, acometiendo con finas puntadas plateadas el traje de la farmacéutica, elaboré un plan. Lo primero que haría sería

visitar a Matías; si era verdad que sabía quién era mi padre tendría que decírmelo sobrio. Luego iría a La Torre; mi madre me debía una explicación. Lo necesitaba ahora más que nunca.

Después de tres largas e interminables horas de minucioso bordado, ya no pude más. Me cambié de ropa y fui en busca de Matías.

El anciano vivía en una de las pocas casas que había en La Atalaya, en las inmediaciones de La Torre. Era una zona barrida por el viento del oeste cuando los temporales azotaban la costa, así que eran muy pocos los que decidían instalarse allí. Claro que La Torre quedaba amparada de los fuertes vientos por los gruesos muros que aún resistían los embates de las temidas galernas.

Imagué que Matías estaría todavía durmiendo la mona. Pero no me importó; este era un asunto urgente que no podía esperar. Solamente me preocupaba enfrentarme a Rosa; siempre había sentido una antipatía visceral por esa mujer.

Detuve el coche delante de la deteriorada casa de dos plantas. Su estado hacía evidente que llevaba años sin recibir una mano de pintura. En el reducido porche, la débil luz de un farolillo, que sin duda alguien se había olvidado de apagar, brillaba levemente. Una brisa ligera me hizo ser consciente de la poca ropa que llevaba encima. Estábamos a principios de noviembre y el aire empezaba a tornarse más fresco, advirtiendo de la proximidad del invierno.

Llamé a la puerta, y esperé.

Nadie respondió.

Volví a llamar, esta vez con más energía.

Nada.

Me resistía a marcharme, y me quedé unos minutos plantada delante de la puerta. La espera me estaba desquiciando los nervios. No podía oír ni el más tenue sonido que indicara que había alguien en la casa.

Al final, me resigné y me metí de nuevo en el coche.

Pero antes de arrancar el motor, el leve movimiento de una cortina captó mi atención. Salí disparada y aporreé la puerta con todas mis fuerzas.

Para mi sorpresa, fue Matías en persona quien la abrió. Tenía el escaso pelo blanco totalmente despeinado. Me miró con los ojos entrecerrados por la claridad exterior, como si unos cuchillos afilados le perforasen las córneas.

—¿Qué quieres? —preguntó, confundido y somnoliento.

—Lo siento si te he despertado —balbuceé.

—Sí, lo has hecho, así que espero que sea importante —dijo con rudeza, rascándose la barba.

Durante unos instantes no me atreví a hablar.

—¿Me vas a decir de una vez lo que quieres, Eva?

Su tono áspero consiguió enfadarme, dándome el empuje necesario para preguntar.

—¿Cómo que qué quiero? ¡Quiero una explicación! Después de lo que me dijiste anoche, ¿cómo puedes pensar que me iba a quedar tan tranquila?

—¡No la dejes entrar! —chilló Rosa desde algún rincón de la casa—. ¡Nos traerá problemas!

Matías se llevó una mano a la cabeza, como si una prensa hidráulica le estuviera estrujando el cerebro.

—Eva, no quiero ser maleducado, pero no recuerdo haber hablado contigo anoche.

—¡Pues lo hiciste! Me hablaste de mi padre y vas a tener que explicarte mejor.

Rosa apareció en la puerta con los ojos desorbitados, mirando con furia a su marido.

—¿Se puede saber qué le has contado? —escupió con inquina.

—No lo sé..., estaba completamente borracho...

—¿Por qué será que no me sorprende? —le recriminó su esposa.

—Matías, por favor, tienes que contármelo —supliqué—. Ayer dijiste que conocías a mi padre...

Un terrible nudo en la garganta me impidió continuar. Tragué saliva varias veces mientras me humedecía los labios reseco por la ansiedad, y me di cuenta de que era inútil; no sacaría ni una palabra de ellos.

Matías trató de hacer memoria; cerró con fuerza los ojos y se frotó la frente. Luego me miró con cierta resignación.

—Yo... no creo haberte dicho que lo conozca, Eva..., sino

que sé quién es —me corrigió.

Parecía turbado, seguramente por tener que confesarme algo que de estar siempre sobrio nunca habría hecho.

Rosa volvió a la carga, arremetiendo contra él a base de maldiciones y lamentos, de insultos y de quejas hacia su marido.

El rostro de Matías se tensó. Apretó la mandíbula y encaró a su mujer.

—¡Rosa! —exclamó mientras levantaba el dedo índice justo delante de su cara—. Nunca he tenido agallas para enfrentarme a ti. Pero si tengo que hacerlo en este momento... ¡lo haré! y juro por lo más sagrado que te retorceré el cuello como a una gallina si te interpones.

Las duras palabras de Matías cogieron desprevenida a su esposa.

—¡Vas a hacer que nos maten! —le gritó. Luego subió las escaleras hacia el primer piso tan rápido como pudo.

—¡Hace mucho que yo ya estoy muerto, pero por alguna extraña razón aún sigo respirando! —le respondió en el mismo tono mientras la veía desaparecer. Cuando recuperó el aliento, se volvió hacia mí de nuevo—. Ven, hija, salgamos de esta casa.

Caminamos durante unos minutos por un sendero zigzagueante. Altos helechos bamboleados por el viento salpicaban el paisaje cubriéndolo de verdor. La brisa se intensificaba a medida que nos acercábamos a los acantilados y el frío se me coló entre la ropa.

Llegamos a un claro de escasa vegetación donde únicamente se distinguía un viejo pino de forma cónica. Allí, al pie de su tronco áspero y rugoso, nos sentamos. Una ardilla curiosa nos observó desde la distancia, pero no pareció incomodarle nuestra presencia.

—Este es mi refugio —dijo dirigiéndome una leve sonrisa—. Rosa nunca aparece por aquí, por eso me gusta tanto.

Las vistas eran conmovedoras. Desde allí se alcanzaba a dominar gran parte de la costa, tanto al este como al oeste. A lo lejos podían divisarse diminutos puntos en movimiento; eran algunas lanchas que habían salido a faenar. Leves rizos blancos adornaban la superficie marina.

Mirando hacia el este se alzaba, no demasiado lejos, La Torre. La observé ensimismada; la vieja torre vigilante sobresalía con altivez por encima de los árboles que la rodeaban.

—Es cierto —dijo de pronto Matías—. Tu padre es uno de los señores de La Torre.

Lo miré, estupefacta y conmocionada.

—¿Pero... tú...? ¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro? ¿Cómo es posible que mi madre haya aceptado ese trabajo si...?

—Tu madre no lo sabe —me interrumpió mientras jugueteaba cabizbajo con las agujas secas de pino que cubrían el suelo a nuestro alrededor.

—¿Qué?

—Yo solamente puedo contarte lo que Tomás me confesó, que no es mucho. Era una persona muy reservada y recelosa de los asuntos de su trabajo. Solíamos vernos de vez en cuando, salía pocas veces de La Torre y nos dedicábamos a beber y a hablar de cosas banales. Cada uno teníamos nuestros propios problemas.

Se quedó pensativo unos instantes. Cerró los ojos y dejó escapar un leve suspiro antes de continuar.

—Una noche, estando los dos borrachos como cubas, me contó que uno de los Eriksson había tenido una hija con una mujer del pueblo; con tu madre. No me dio más detalles, o al menos yo no los recuerdo. Tan sólo me dijo que ella desconocía por completo quién era él realmente. Tuvieron una relación fugaz, y después él se marchó. Eso es todo.

No supe qué decir, me limité a mirar al hombre consumido que tenía delante de mí, sopesando hasta qué punto podía dar crédito a sus palabras. Una parte de mí quería creerlo, había deseado tanto saber quién era mi padre... Pero esta realidad no se parecía en nada a lo que me había imaginado.

—No sé si puedo creerte, Matías. Me parece una locura —murmuré. Luego me asaltó una duda inoportuna—. ¿Los Eriksson son mis... parientes?

—No lo sé, Eva, supongo... Pero eso tendrás que descubrirlo tú. Yo sólo sé la historia pasada.

Miré al horizonte con el gesto descompuesto mientras mi mente trataba de digerir semejante declaración. Estaba absorta en un amasijo de confusión cuando el anciano volvió a hablar.

—Pero todavía hay más —dijo con un tono lúgubre en la voz.

Permaneció unos crueles segundos en silencio. Creo que sopesaba el hecho de contármelo o callar. Tuve que animarlo a que continuara.

—Vamos, Matías, habla, después de todo no creo que puedas sorprenderme aún más.

—Yo no estaría tan seguro —objetó.

—¿Qué es? —pregunté revolviéndome, inquieta.

—Verás, aquel día Tomás no sólo me reveló quién era tu padre... —vaciló—, me contó cosas... —Se puso tenso de repente y sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta para limpiarse el sudor de la frente; se diría que necesitaba un trago—. Es verdad que estábamos los dos bastante borrachos, así que puede que simplemente sean supersticiones de pueblo. Pero creo que debes saberlo.

—Por todos los cielos, Matías, me va a dar algo si no hablas ya.

Apretó el pañuelo dentro de su mano, tratando de controlar un súbito temblor.

—Tomás contaba cosas extrañas... Decía que los Eriksson no eran de este mundo, que no eran los hijos de Eva.

Lo miré sin comprender.

—¿Y eso qué significa?

Volvió a limpiarse el sudor de la frente. Su nerviosismo estaba empezando a preocuparme.

—No estoy muy seguro, pero él insistía en que eran los hijos de Lilith.

—No lo entiendo. ¿Quién es Lilith?

—Yo le pregunté lo mismo, pero él sólo me contestó: *«pregúntale al padre Urbano, él te dará una respuesta»*.

—Vamos, hombre, parecen fantasías de borracho. Te sorprendería la cantidad de incongruencias que he tenido que escuchar en el bar.

—Sí, yo mismo me siento un tanto ridículo al contarte esto —dijo mientras se guardaba el pañuelo en el bolsillo—. Pero tenías que haber visto la cara de Tomás... Estaba completamente desencajada. No la olvidaré mientras viva.

—¿Le preguntaste al padre?

Me miró de soslayo.

—Un día fui a confesarme, tanta borrachera me hacía sentir un miserable y necesitaba estar en gracia de Dios. Hacía más de veinte años que no hincaba los huesos en el reclinatorio, y el padre Urbano se alegró de verme. Antes de darme la absolución por mis faltas, le confesé lo que Tomás me había contado. Por supuesto no le dije nada de tu padre, pero sí le conté el resto. Quise saber el significado de las palabras de Tomás...

Matías enmudeció, y yo contuve la respiración. Mi corazón se empezó a acelerar de impaciencia.

—El padre Urbano me contó que en algunos escritos de la literatura hebrea, Lilith aparece como la primera mujer, antes que Eva, hecha de arcilla, igual que Adán, pero que nunca acató la orden de sumisión que se le había impuesto, se rebeló y abandonó el Paraíso. Fuera de él se entregó a la lujuria con ángeles caídos y engendró muchos hijos, llamados Lilim. Tres ángeles puros fueron enviados para hacerla regresar, pero ella se negó. Entonces el Cielo castigó a Lilith con la muerte de cien de sus hijos. En respuesta, Lilith proclamó que se vengaría derramando la sangre de los hijos de Adán. No obstante, anunció que respetaría a aquellos que portasen el nombre de los tres ángeles que habían ido en su busca.

Mi mano se posó instintivamente sobre el camafeo. Para Matías este fue un gesto que pasó inadvertido. No podía imaginar que de mi cuello colgaba la imagen de tres ángeles tallados en blanco nácar. En el dorso, tres nombres: Senoy, Sansenoy y Semangelof.

No pude evitar un escalofrío. Matías volvió a limpiarse el sudor de la cara. Después enfrentó mi mirada con cautela, intentando adivinar mis pensamientos.

Pero mis músculos se negaban a responder.

—Si te hace sentir mejor —añadió—, te diré que el padre

Urbano le quitó importancia al asunto. Me dijo que era un cuento fascinante, pero un cuento sin más, que no malgastara mis pensamientos en esas supersticiones que no hacen más que perturbar el alma de quienes caen en ellos.

Seguí sin poder articular una palabra, porque a mi mente acudieron fugazmente algunos detalles que me habían pasado desapercibidos. Recordaba que Jon Eriksson había mencionado algo sobre mi nombre, algo que ahora cobraba significado. Había dicho: «*Eva, la primera mujer sobre la faz de la Tierra, para algunos...*» Sí, lo recordaba a la perfección. Luego estaba el extraño cuadro del ángel de la biblioteca. Sin duda, los Eriksson parecían fieles seguidores de ese tipo de literatura. Yo misma tenía un camafeo que había pertenecido a mi padre con la imagen de tres ángeles.

Todo era muy raro.

Comencé a sentirme mareada.

—¡Eva! —Matías apoyó su mano en mi hombro—. ¿Estás bien?

—Estoy un poco mareada, eso es todo.

—No es de extrañar, pobre niña. Te he asustado.

—No sé si creer una palabra de todo lo que me has contado, pero has conseguido helarme la sangre.

—Hay otra cosa —dijo inesperadamente.

—¿Más? No sé si podré soportar más información.

Me miró fijamente.

—Debes saberlo...

Le devolví la mirada con desgana.

—Tomás no dejaba de repetir que un día ellos volverían a buscarte.

Oír aquello me hizo pegar un salto.

—¿Para qué les puedo interesar yo?

—No lo sé. Pero yo ya te he contado todo lo que sabía. El resto tendrás que averiguarlo por ti misma.

Un pensamiento repentino me hizo sentir vértigo.

—¿Crees que mi madre corre algún peligro en La Torre?

—Hasta donde yo sé los caseros de La Torre siempre han tenido una larga vida, y no creo que tu madre sea una

excepción. Yo ya soy muy viejo, pronto cumpliré los ochenta, Tomás me sacaba casi treinta años, pero estaba como un roble, y Amelia ya habrá cumplido los cien.

—Ciento uno —apunté.

—Exacto, y mi padre contaba que los anteriores caseros también llegaron a centenarios. ¿Casualidad? No lo sé, pero no es normal. Ahí hay algo raro, Eva, no lo dudes. Pero yo estoy muy bien sin saber nada más. Así que, sea lo que sea que averigües, por favor no vengas a contármelo. Yo ya no estoy para sustos. Pero tú eres fuerte y... —se detuvo, vacilante— su sangre corre por tus venas —concluyó.

La piel se me crispó al oír esas palabras.

—Por eso mismo creo que son supersticiones estúpidas. Si es verdad que yo llevo su sangre, ¿ves en mí algo raro?

—No, hija, y puede que tengas razón y no sean más que tontas supersticiones.

Nos pusimos en pie y contemplamos el paisaje. Las lanchas del horizonte habían desaparecido. Tan sólo en lo más lejano, rozando la raya que separa el profundo mar del cielo, se podía divisar un enorme carguero que se desplazaba lentamente.

—Me gusta tu refugio.

—Pues es todo tuyo —dijo tratando de animarme.

—¿Me dejas compartirlo contigo?

—No, querida, desde ahora te lo cedo. Creo que es hora para mí de marcharme de este pueblo o acabaré muerto de una borrachera en cualquier esquina. Una manera muy poco digna de morir, ¿no crees?

Hablaba mientras contemplaba con aire de nostalgia el hermoso paisaje de la costa abrupta.

—¿Adónde irás?

—Tengo una hermana en el extranjero que ha enviudado hace poco. Se alegrará de verme.

—¿Y Rosa?

Esbozó un gesto de indiferencia mientras se sacudía las agujas de pino atrapadas en la ropa.

—Francamente, Eva, no me importa.

Al decir esto, Matías aparentaba ser un hombre nuevo, un hombre resurgido de sus propias cenizas entoldadas por

litros de alcohol y de miserias. Parecía haberse quitado un gran peso de encima y, en ese momento, tuve la certeza de que no volvería a verlo.

—Mucha suerte, Matías —le deseé con sinceridad antes de marcharme.

—Lo mismo te deseo, pequeña, y que Dios te bendiga.